

Camin



9

EN ESTE NUMERO

ENSAYOS

- Gervasio GUILLOT MUÑOZ — Estampas de Burdeos en 1939
Humberto PEDUZZI ESCUDER — — — Carta a un amigo
Mario A. SILVA GARCIA — — — Pensamiento y proceso
Carlos VAZ FERREIRA — — — Ideas sobre enseñanza
Eugen RELGIS — — — — — Voces de la India

POESIAS

- Guido CASTILLO — — [¿Dónde están las nieves de antaño?
[Eres tú mi memoria
Emily DICKINSON — — — — — Morí por la belleza...

NARRACIONES

- Carlos DENIS MOLINA — — — — — El Herido
Herman HESSE — — — — — El Fin

Pág del Estudiante

- Adam C. MARIN — — — — — Los Pinos

JUNIO 1949

LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS SOCIALES
HABIDOS ULTIMAMENTE, AGOTARON POR
COMPLETO LAS EXISTENCIAS DE REGALOS
EN LA SECCION BAZAR DE .

OPTICA & JOYERIA ROSSI

Nuevamente con surtido renovado en su totalidad,
ofrecemos en PLATA 800 y Rep. SHEFFIED, los
últimos modelos en artículos para regalo, que lucirán
su buen gusto al elegir y obsequiar los mismos.

COLON 270

U T E 827

"Palacio de la Merçánica"

Maquinaria agrícola
nueva y usada

Accesorios y repuestos
Talleres Mecánicos

WAITER MARTINEZ

Ferrería 1186 Tl. 640
Mercedes

Fémina S.A.

Montevideo

Chocolate para comer crudo

Pídalo en todos los comercios

4 frutas, avellanas, leche, etc.

Casa ZANATTA

de ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, artícu-
los sanitarios. Menaje, Bazar
Electricidad

FABRICA DE PLUMEROS

Roosevelt 738 Tl. 697

FARMACIA

FERNANDEZ GENOLET

Servicio Nocturno permanen-
te sin alteración de precios

PROFESIONALES

Dr. Mario Prunelli

Cirujano Dentista

Consultas mañana y tarde

E. Giménez 424 Tel. 428 Mercedes

Dr. Enrique Costa Leonard

MEDICO

Consultas: de 8.30 a 9.30 y de 15 a 17

Florida 811 Mercedes

Ruben O. Borges

Médico Cirujano

Sarandí 179

Tel. 447

Dr. Zoilo Chelle

Medicina-Cirujía

Bayas X

Laboratorio, Consultorio: Roosevelt 783

Consultas de 8 a 9 y de 3 a 5

Dr. Alfredo Alambarri

Niños

Consultas de 15 a 17 horas

Ituzingó y Rodó

Dr. Gaspar Bianchi

Abogado

Rodó 670

Mercedes

Dr. César Guggiari

Médico Cirujano

Casagrande 653

Tel. 1032

Consultas de 9 a 11 y de 15 a 18 hs

Consultorio Radiológico

Laboratorio de Análisis

Dr. MELA

Sarandí 383 - Teléfono 1062 - Mercedes

Dr. Juan Carlos Viera

Abogado

Cobán 176

Teléfono 452

Dr Ernesto Copello Iglesias

ABOGADO

Codó y 18 de Julio

Walter G Schopfer

Escribano

Escritorio 18 de Julio y Rodó Tl. 438

Dom. Ituzingó 463 Tl. 651

Miguel A. Olivera Ubios

ESCRIBANO

Estudio Ituzingó 12 Tel. 1057

Eduardo Ramos

ESCRIBANO

Estudio Cobán 326 Tl. 478 Mercedes

Víctor A. Albert

Escribano

Trámite de sucesiones, venias y asuntos judiciales

Estudio: Ferrería 782

Tel. 759

Los acontecimientos sociales habidos últimamente, agotaron por completo las existencias de regalos en la Sección Bazar de

Optica & Joyería ROSSI

Nuevamente con surtido renovado en su totalidad, ofrecemos en PLATA 800 y Rep. SHEFFIED, los últimos modelos en artículos para regalo, que lucirán su buen gusto al elegir y observar los mismos.

COLON 170

U T E 827

MASSEY - HARRIS Y PRODUCTOS SHELL

La suprema combinación
para las labores agrícolas

CARLOS MENDEZ

Teléfono 789



"Palacio de la Mecánica"

Maquinaria agrícola
nueva y usada

Accesorios y repuestos
Talleres Mecánicos

WALTER MARTINEZ

Ferrería 1186

TL 640
Mercedes

Fémima S.A.

Montevideo

Chocolate para comer crudo

Pídalo en todos los comercios

4 frutas, avellanas, leche, etc.

Casa ZANATTA

de ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, artículos sanitarios, Menaje, Bazar
Electricidad

FABRICA DE PLUMEROS

Roosevelt 738

TL. 697

FARMACIA

FERNANDEZ GENOLET

Servicio Nocturno permanente sin alteración de precios

Amir

«Carcano está, más en dilecti de ante el día Patmos» (Hölderlin)

18 DE JULIO 535

Mercedes - Uruguay

Fundadores: H. Peduzzi Escuder, M. Larnaudie de Klingler, W. Lockhart

Directores y Redactores Responsables: Washington Lockhart y
Domingo L. Bordoli



SUSCRIPCION Anual (8 N.os): \$ 3.20; Semestral (4 N.os):
\$ 1.70; N.o suelto: \$ 0.45
MERCEDES: Anual \$ 2.80; Semestral 1.50; Estudiantes 2.20

A S I R

9

ENSAYOS

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ

Desde que era estudiante, Guillot Muñoz tuvo un profundo amor por lo contemporáneo. Hoy casi en su medio siglo, mantiene la misma simpatía por la literatura de nuestro tiempo. Es sobremanera raro la constante pasión por el presente, en este hombre de conmovedora humildad, que huyó siempre del anobismo, del escándalo, de la audacia experimental, y de la subterránea codicia que arrastran tantas veces las renovaciones literarias. Una juventud así tiene siempre miedo a la novedad que le desorganiza y pone su centro en otro sitio. Esto es más fácil para una juventud que se forma desde afuera, y que no tiene nada que perder porque carece de los instintos primordiales del corazón. Pero el caso de Guillot Muñoz es singular. Primeramente su educación y luego su erudición vastísima determinaron en él, desde muy joven, una viva tentación cosmopolita. Se le ha visto como un desarraigado, pero esta es una manera demasiado fácil de simplificar las cosas, que es el peor modo de complicarlas. Lo que hay en Guillot desde su infancia es una auténtica pasión por lo instantáneo, es una viscerai conmoción ante el minuto que pasa, sea éste vivido en cualquier país y cualquier época. La tradición, su propio pasado, lo mucho que ha visto y leído, se polarizan en torno a una sensación efímera; dan peso, angustia y permanencia a la brevedad. Las cosas que brillan apenas un instante, como un chisporroteo de luciérnagas, son las que mejor y más dramáticamente nos hacen ver el mundo, multitudinario y torrencial.

Se inició en la literatura realizando con su hermano Alvaro "Lautréamont y Lafogue" (biografía y crítica) universalmente conocido. Siguió: luego, su libro de poemas "Mesana sobre el Estuario" y "La Poesía de Sulpervielle" (crítica). El resto de su producción está disperso en revistas francesas: "La revue de l'Amérique Latine", "La vie Internationale" y "La Défense"; en publicaciones argentinas como "Sur", "La Nación", "Caras y Caretas", etc., y en las revistas nacionales "La Cruz del Sur", "Alma", "Cinamen".

Actualmente, como profesor de la Facultad de Humanidades en su curso "Literatura del siglo XX", continúa reivindicando los valores de la cultura contemporánea, señalando la diferencia entre la tradición creadora que es devenir y choque dialéctico, y la rutina obliterante que es fijismo y cosa embalsamada".

Durante ocho años Guillot ha resido fuera del país principalmente en París y Buenos Aires. En la nota siguiente extractada de su "Diario de Viaje", el lector observará esa rapidez y codicia visual del periodista y del viajero. La veheridad del estilo no imolde la novedad de las imágenes, ni su sutileza hacia el "detalle sensible", como asimismo la simpatía por las costumbres y paisajes, y por los cambios que en ellos se realizan. Al final, en una breve, agoradada frase, brilla como una derramada lucecita el sentimiento de la libertad, que Guillot Muñoz defendía entonces desde humildes condiciones, mientras la gran prensa apuraba la venta de Francia.

Sobre su obra resumimos la siguiente bibliografía: Jean Aubry: "Les Nouvelles Littéraires" (París); Guillermo de Torre: "La Gaceta Literaria", (Madrid); Mateo Larrodé: "La Nouvelle Revue Française" (París); Franz Rühut: "Die Neuen Sprachen" (Viena); Philippe Soupault: "La Revue Européenne" (París); Gustave Lanson: "Ecole Normale Supérieure" (París), etc. "Die Neuen Sprachen" (Viena); Philippe Soupault: "La Revue Européenne" (París); Gustave Lanson: "Ecole Normale Supérieure" (París), etc.

D. L. B.

Estampas de Burdeos en 1939

A DOMINGO LUIS BORDOLI

Mástiles y anclas. Algunas banderas flamean con displicencia, como si declararan su nacionalidad en un balbuco de pliegues. Los transatlánticos atracados se adormecen junto a los muelles y parecen resignarse a la invencible tensión de los cabos de metal trenzado.

El Garona tiene sus aguas quietas y algo turbias. Es verano. Se deslizan unos veleros rumbo al Gironde, mecidos por un ajejo cantar aquitano y por un imperceptible rolido. Con sus mesanas arqueadas y sus trinetes relucientes van a surcar el estuario en busca de peces. Por la decisión que llevan estarán dispuestos a doblar la punta de Grave o a rebasar la de Coubre, a enfrentarse con las grandes olas del golfo de Gascuña.

Sobre los muelles, estibadores y grúas cargan y descargan dentro de ese ritmo isócrono que es el latido mecánico del puerto.

En su chimenea excesiva y su adjunta nubecilla de vapor intermitente, un remolcador atareado navega en zig-zag, aprestándose a probar sus fuerzas ante un carguero indeciso que le discute el precio y acaba por ceder de mala gana. El remolcador victorioso luce su nombre en letras de metal desiguales y burdas: se llama «Trigón». Por algo llevará el nombre del terrible pez se-lacio que esconde arteramente una ponzoñosa lanceta, caudal con la que mata muchas veces a los pescadores desprevenidos.

Siguiendo la corriente, con un acatamiento conformista, un mediano barco de cabotaje muestra su proa tímida, incapaz de arriesgarse en alta mar: se dirige morosamente a Panilhac-Trompeloup a llenar sus bodegas de vino bordelés, mientras de su puente cae una polca desgranada por dos acordeones en ólirio. La vida parece fácil y deslizante para ese barco de ruta pequeña y poco riesgo que, además, lleva un nombre cocotesco en letras retorcidas, adornadas con flores color fresa y sirenas delicuescentes. El barco se llama «La Belle Ninon», algún recuerdo de cursilería erótica que el capitán conserva junto con sus galones dorados.

El asfalto de los muelles, frente a la Aduana (construcción muy siglo XVIII) irradia calor húmedo y fragmentos de conversaciones meridionales muy jugosas.

Un remanente de humo sube de las chimeneas, como si las calderas jadeantes y casi apagadas exhalaran el último suspiro de carbón en volutas grises.

Las bitas se alinean a lo largo de los docks, unas enlazadas por las amarras, otras con su cuello libre. Más sólidas que rocas, hunden sus raíces debajo del asfalto, inflexibles ante la erosión y los tirones de cable. En su terquedad de acero, en su textura maciza, en la síntesis de sus volúmenes y de sus curvaturas, encierran una dignidad estatutaria y son una expresión plástica.

El ajeteo portuario de hombres y máquinas se dilata a lo largo del río. Los guinchés, buitres insaciables, arrancan de las entrañas de los buques, carnes frigoríficas, bacalao, carbón, cereales, hidrocarburos.

Marineros con boina de pompón rojo deambulan por las dársenas. Estamos otra vez en Francia.

•
•

Andan muchos soldados por las calles. Un grupo de *spahis* viene del

muelle de Richelieu y de la plaza de Bourgogne arrastrando sus botas rojas por el Puente de Piedra. Se detienen un momento a mirar el río como si consultaran la corriente. ¿Habrá guerra? Los *spahis*, amplias bombachas orientales y alto fez, se alejan con paso recio y pesado, con andar de jinetes que llevan muchas leguas vividas a caballo sobre las rocosas mesetas africanas. Luego pasan *goumiers* marroquíes de semblantes herméticos, tiradores argelinos de mirada perforante, ametralladoristas tunesinos que lucen en el rostro cicatrices de cimitarra.

Esas cazezas elevadas y ensoberbecidas por el fez carmesí —estampas de un Oriente perfilado por el Islam— parecen atraídas por la rada que, río abajo, se llama pomposamente *la corne d'or française*.

Soldados y más soldados (son los primeros días de julio de 1939, en que se agrava la tensión entre la Alemania de Hitler y la Polonia del coronel Beck, y Europa vive en una casi movilización general). Tropas coloniales en su mayoría. Uniformes verde-tierra y suntuosos turbantes blancos. Vistos de lejos, parecen desprendidos de una uiniatura persa. El ruido de botas se siente en todas las calles como una certeza de aprontes bélicos. ¿Habrá guerra? Por lo menos la guerra de nervios ya había empezado.

El Garona sigue su curso bajo las arcadas del puente, sumido en un abandono inasible y en sabiduría que llegara hasta la ataraxis. Es que le basta con ser un río, una masa de agua con riberas tan humanas y estrias deliciosas. El sol espejea con mollicie en la estela dejada por los barcos. Una goleta recoge sus velas, cabecea y entra en uno de los arcos del puente de Piedra. La tarde, fundida en la corriente, huye en ondas lentas hacia el barrio de la Bastide, envuelto a esa hora en luz violácea, de un matiz entre episcopal y decadente. Ahí, en ese barrio se encuentra la oligarquía financiera de la región bordelesa, los armadores, importadores e industriales, a quienes el pueblo llama «l'aristocratie du bouchon».

El célebre puente de Burdeos extiende su línea de innumerables arcos sobre el anchuroso río, proeza de la construcción en piedra. Obra de los ingenieros Deschamps y Billaudel —que supieron darle calidad arquitectónica— empezó a tenderse en 1810, el año del apogeo del cesarismo militar del Primer Imperio francés.

Ir y venir de artilleros y mecánicos de la escuadra, a lo largo de los muelles. Se pasean desde el quai de Bacalan hasta el de Sainte-Croix, con paso rítmico, fumando en pipa el vagabundo junto al río. Son los marineros que han desembarcado con licencia y muestran un aire de domingo. Cuando se internan en las calles, de noche, atraídos por el juego de luces de algún cabaret, esos marineros «*permissionnaires*» ya no se acuerdan, sin duda, de los cordajes, ni de las calderas, ni del toque de clarín que todas las tardes los congrega junto a los cañones, dentro de las torres acorazadas. Llegan a Burdeos procedentes de otros puertos franceses o coloniales y pronto levarán anclas para hacer maniobras y ejercicios de tiro.

• •

La estación Saint-Jean o del Midi, abarrotada de trenes, vuela hacia la calle de la Gare un gentío denso que se desparrama febrilmente por el *cours de la Marne* y la calle de Pelleport.

En los kioscos de periódicos se codean y se enfrentan los diarios de extrema derecha, que ensalzan al diputado Ibarnegaray, dirigente del Partido de los Cruces de Fuego (versión francesa del nazismo alemán) y aspirante a caudillo de la región pirenaico-bordelesa, y los diarios del Frente Popular

antifascista, que reivindican la tradición francesa comenzada con la *Jacquerie* y los Jacobinos. En las paredes del kiosco se percibe la violencia de la polémica entre los partidos políticos, la agudización de la lucha en torno a los decretos-leyes y a propósito de la celebración del 150 aniversario de la Revolución Francesa. El eco de esta lucha se oye claramente en la calle, en la hormigueante rue Sainte-Catherine, en el cours d'Albret, en el café de Tourny, en el vestíbulo de la Facultad de Derecho, donde se reverencia la ciencia jurídica de León Duguit, el gran tratadista bordelés de derecho constitucional.



Otros soldados coloniales se amontonan en los andenes de la estación Saint-Jean. Son negros retintos y corpulentos, con la cabeza tocada con una *calochia* roja, tiradores senegaleses y malgachea, del Congo y del Sudán. Todos curtidos por el sol de Africa, por la esgrima a la bayoneta, el manejo de las armas automáticas y los ejercicios de choque. Todos tallados y patinados por la disciplina impuesta en las voces de mando de los sargentos metropolitanos. En la mirada de los soldados senegaleses se adivina el recuerdo de la coacción, de los plantones al raso, del rigor de la baqueta y del ruido de culatas de fusil que caen sincronizadas sobre el pavimento caldeado de los cuarteles de Dakar, bajo la vigilancia de los instructores blancos.

En este hormiguelo de soldados coloniales, llegados de la selva ecuatorial y de las dunas quemantes, se puede seguir toda la historia del Imperio francés, desde la conquista de Argelia bajo Carlos X hasta la guerra de Abdel-Krián; desde la ocupación de Madagascar hasta las últimas convulsiones de Marruecos y Siria, acalladas con tanques Renault, cañones Schneider de tiro rápido y escuadrillas de bombarderos Farman.



Sin prisa rueda un tranvía por el cours de Verdun. El Jardín Público se adormece a la sombra de los castaños. La dulzura bordelesa llega hasta los senderos y se pierde en los tallos ondulantes. La verja de bronce dorado reluce al sol. El duende del mediodía parece diluirse en esa luz y en ese cielo de que se impregna el parque. Debajo de un puentecillo de madera, en un estanque de aguas verde y cepia, una turba de peces se precipita sobre un pedazo de pan: es un revoltijo de percas voraces que saltan, se amontonan y se empujan furiosamente unas a otras como en un match de rugby.

El estanque tiene sus inevitables cisnes blancos —que habrían hecho las delicias de Darío— y una góndola apenas creíble, con techo festonado, suavemente amarrada a la orilla, a la sombra de un roble huguiano que extiende sus ramas con gesto tuitivo y patriarcal hasta rozar las líneas de la guirnalda que decora el parasol de la barca.

En vuelo cruzado, los abadejos, los paros y las curruacas parecen tomar conciencia del tamaño del roble. Un fondo de arboleda frondosa se prolonga detrás del estanque y sirve de marco al Hotel Lisleferme, sobrio edificio del siglo XVIII, que guarda maravillosas colecciones de prehistoria y etnografía.

La misma luz bordelesa, que cae en *snappe d'argent* y luego se suaviza al contacto de las cosas pareciendo evaporarse, se encuentra en *les allées* de Tourny, en la plaza de la Comedia, en la columnata del Gran Teatro, en el cours del Chapeau-Rouge y en los jardines de la plaza Gambetta, donde las mujeres, alineadas en sillas de hierro, tejen y comadorean. La misma luz reverbera y da vueltas en las calecitas de la plaza de la República, para dar

cieria ligereza y un poco de fiesta a ese rectángulo dominado severamente por el Palacio de Justicia y el Hospital Saint-André.

.
.

El Garona se desliza bajo el Puente de Piedra. Junto a sus aguas, en la niebla del alba que sube de la corriente, llega el recuerdo de Ausonio y de sus versos latinos que cantan a Burdeos, de San Paulino y de sus epístolas, de los poetas renacentistas Lancelot de Carles y Pierre de Brach, del teólogo Fronton du Duc... En sus riberas, Estienne de la Boétie, mirando ese paisaje, dijo en un soneto: «O médoc, mon pays solitaire et sauvage».

Junto al Garona, como un asombroso río de tiempo, Montaigne medita sus Ensayos y deshoja en ellos el ritmo de su pensamiento, los matices fugitivos de su gracia y de su agudeza, su duda tan suave como las ondas y que parece abandonarse muellemente a ellas.

En la estación San Luis o del Médoc, artilleros, infantes, aviadores, tanquistas, pertenecientes al 18 cuerpo de ejército cuya sede es Burdeos. Son los últimos días de una paz engañosa y emponzoñada.

Poco después estalla la guerra. Burdeos, como toda Francia, conoce las tisiéblas, la boca de lobo. Luego, hasta que llegó el día de la Liberación, hubo alertas aéreas, islotes de casas que se desplomaron hechos trizas, bombardeos en picada, invasión con *panzer-divisionen*, ocupación con alambradas de púa y paredón de ejecuciones. Humo, ceniza, cautiverio, matanza.

Sin embargo, Montaigne, mientras las aguas del Garona esbozaban sin prisa un muido deslizar junto a él, no creyó ni en la pólvora ni en las armas de fuego.

GERVASIO GUILLOT MUNOZ

No siéndole posible, por el apremio de otras tareas, seguir interviniendo en la Dirección de ASIR, nos hace llegar su renuncia indeclinable la Sra. M. Larnaudie de Klingler

Debimos finalmente aceptarla, aunque con la seguridad de que no por ello dejaremos de contar con su valiosa colaboración literaria, como el lector podrá apreciar en este mismo número.

LA DIRECCION

"Nuestros amigos fallecidos estén más realmente con nosotros que cuando eran visibles a nuestra parte mortal". Y es que acaso, corroborando la aserción de Blake, recién entonces, sin los turbios contactos que multiplica la presencia viva, desvanecida el mutuo o'án de entendimiento que desvirtúa todo intento de comunicación personal, recién entonces, comenzamos a acceder, limpios de esas efímeras preocupaciones, a aquellas íntimas mesadas que la proximidad velaba, y que, ahora, alejándonos, declinan cautamente su secreto. Releyendo, cumplido un año, la carta que días antes de su muerte, herido ya por el mal que lo acollaría para siempre, escribió a O. Rodríguez Aydo, creemos penetrar, con lucidez inédita, en su más reservada intención, en aquella su preocupación honda y humana, en su rico desvalimiento, que nos lo hacía, como nadie, testimonio de un vivir auténtico, virilmente desamparado, nacido más "del azombro que del dolor", ante un mundo que se le aparecía sorprendente y vasto, como un renovado milagro de cuyo sucederse se mantenía a un margen incitante, obsesivo, asediado en su soledad inviolada, por la sensación acuciante de la muerte, reavivando por ello, con la premura febril de los grandes amonuzados, la apreciación sensual de las cosas, su resonancia poética; así se inclinaba, tierno y desligado, hasta la brizna más escondida a la que requería en su humilde pretencia, las más atendibles razones de vivir. Ante esta carta, escrita, como es visible, sin intención de publicidad, en diálogo con el amigo a quien expone sus más entrañadas experiencias, quisiéramos poder repetir, con la misma frialdad, las palabras de Valéry: "La muerte no es sino un accidente fortuito del destino de los poetas; su obra no repara en ello"; porque en verdad, leyéndola, asistimos con solicitud pura y reverente a un eco inoído de su espíritu, presente aquí en sus más vitales exigencias, a la revelación, que su silencio abonda, de su más significativa sustancia.

W. L.

Carta a un Amigo

Estimado Osvaldo:

Tienes razón en pensar que en la carta anterior te escamoteé el tema propuesto. Es que no puedo tratar ciertas cosas en frío. O mejor: no me interesan las conclusiones abstractas de lo que he entrevisto. Hasta me causan una particular incomodidad. A veces incluso temo interpretarme mal a mí mismo! ¡Y es tan común en la exposición ese peligro! ¿Es posible, por otra parte, una dialéctica, tal cual la concibo, sin ese orden de prevenciones? ¿No ha sido hasta hoy, ese, el escollo de toda dialéctica? No me cabe duda, como tampoco la tengo en cuanto a la verdad que cada uno alumbra individualmente. Conocer es ir naciendo, irse gestando, sentirse plenamente ocupado por un enigma, no estar ya en la sombra — cuando lo estamos no lo sabemos— ni tampoco en la luz, sino venir —y descubrirlo recién— desde la oscuridad a la claridad, desde lo indistinto a lo distinto, desde lo vago a lo definido. Venir, lo que equivale a saberse un sitio en el que algo acontece. Estar aconteciendo a algo. Entañarlo. Palpar su forma futura. Tener noticia de su rigurosa necesidad. Saber que todo lo que podamos poseer de libertad interior se lo consagraremos espontáneamente, porque va de suyo, porque así defendemos lo que hay de más delicado, de menos efímero, en nuestro ser.

¿Hallazgo de alguna verdad positiva? Es lo que ha parecido a menudo; pero se trata de una posesión. Y quien posee, sea lo que fuere, tiene a mano una fuente creadora, de la cual no todos los frutos son previsibles. Me empleo, dicho de otro modo, cada día en el uso del mundo, en el conocimiento de mí mismo y de los otros, en todo lo de ignorado que hay en la menor parcela de lo que vivo profundamente: mi cuerpo, mis emociones, mis sentimientos, en suma, en el documento de bastante difícil lectura de mi actualidad, de mi presencia conmovida por otras presencias. Pero mientras me sigo al pie de la letra, sin saltar página, entraño una experiencia que se prosigue, que hoy echa una rama, mañana otra, que se abre como una vaina y suelta su semilla, que sólo entiende de lo que es gestación y que no bien recoge una cosecha prepara la siguiente.

Este podría ser el lema: Un conocimiento es también, y más que nada, la actividad que en él se gasta. Su ser pende de su existir. O sólo es en una consciencia.

Y el lema de la consciencia: ¡AQUI EL TIEMPO ME ROE!

Es tal convicción, en la que la angustia no ha sido postergada, la que me hace considerar el existir como una inmensa dádiva. ¡Pesada carga que levanto día a día; pero de la que, quejándome, no me quejo! ¡Es tanto lo inexistente! No existen las PIEDRAS. No existen los ARBOLES. Casi no existen los ANIMALES. ¿Existirían los ANGELES? y Dios, ¿existe DIOS?

Soy un pequeño, pequeñísimo espejo; pero si me quiebro, todo este mundo maravilloso, infinito, inabarcable, retornará a la nada.

Pero estas consecuencias, como cualesquiera otras metafísicas que se puedan extraer, me interesan menos que la sabrosa pulpa del mundo. Ansío un vivo despliegue, una tensa concentración, un expandirme y un rescatarme. Los pocos minutos en que diariamente lo alcanzo son los que se apropian, de un modo definitivo aunque transitorio, de las horas a medias sonámbulas, vegetativas, de callado crecimiento, de la jornada. Siento que a través de ellos, a lo largo de los años, y análogamente, se va haciendo, para fructificar de tiempo en tiempo, y como ardiendo toda la materia que ellos acumularan, algo que es todavía más lúcido, más permanente y adquirido.

Lo que yo entiendo por dialéctica supone, sin embargo, también, que hay una como intuición que se nos degrada y altera, a la que es necesario devolver, por así decirlo, su pureza; pero no porque ella originariamente la posea —en sí no posee sentido—, sino porque esta es la única vía siguiendo la cual asciende a ser contenido espiritual, dicho de otro modo: a ser acontecimiento.

¿Es un pensador, un filósofo, un ente grávido de futuro, quien no se atreve a poner las manos en la masa?

¿Y un POETA, el que usa deliciosos utensilios para no ensuciarse los dedos?

II. Peduzzi Escuder

(Mayo 3 o 4 de 1948)

Pensamiento y Proceso

(Continuación)

Ahora bien; sostenemos la existencia de «cosas que no tienen comercio con otras» y así llegamos a la conclusión de que la lógica que trata de darnos una visión total del universo valdría si el universo estuviera perfectamente unificado, pero ya hemos anticipado que no podemos admitir eso; así creemos que es necesario reivindicar los derechos de una *lógica de la inconsistencia*, menos perfecta, pero más adecuada a la realidad. Así tendremos que recurrir a las ideas de infinitud y finitud, de monismo y pluralismo, y pensarlas de nuevo. Con Whitehead sostenemos que fundar y defender esta lógica de la inconsistencia es la única manera de permitir la irrupción del *proceso* y darle así realidad a la temporalidad.

¿No había ya atisbado Platón la necesidad de esta lógica, cuando se enfrenta con la *lógica demasiado consistente*, de Parménides? ¿No había tenido necesidad de introducir ideas paradójicas, como la de ser del no-ser, de no-ser del ser, para permitir la predicación, para hacer posible tanto el juicio negativo como el afirmativo?

«Podemos señalar que esta base de la lógica sugiere que la noción de frustración es más análoga a la mentalidad finita; mientras que la noción de conjunción armónica deriva del concepto de un universo monístico. Es tarea de la filosofía coordinar los dos aspectos que ofrece el mundo.

«En tercer lugar, esta base de la lógica ilumina nuestra inteligencia del proceso, el cual constituye un hecho fundamental de nuestra experiencia. Nos hallamos en el presente; el presente es móvil; deriva del pasado, preforma el futuro y transcurre hacia él. Esto es el proceso, un hecho inexorable del universo». (A. N. Whitehead, *Modes of Thought*, ed. cit. pág. 72-3).

Vemos así como la lógica de la inconsistencia y el proceso se implican recíprocamente. También dicha lógica es fundamental a los efectos de defender el pluralismo, que nos parece indispensable para mantener la idea de proceso, porque el monismo tiende a la identidad.

Consideramos que la concepción monista clásica es excluyente de la novedad, la que nos parece un factor fundamental, sin el cual el proceso no existiría. La novedad, la creación, sólo tienen sentido en un mundo donde se conceda valor a la singularidad, donde se reconozca el valor de la finitud.

La lógica de la inconsistencia que trataremos de fundamentar, justificará el proceso y se situará entre la lógica clásica de la identidad que niega el cambio en beneficio de la idea y el cambio absoluto que niega la permanencia y que se hace impensable.

Whitehead consideraba que la visión de un Shelley debía completarse con la de un Wordsworth, y también se podría decir que la visión de un Bergson debe completarse con la de un Claudel (Wahl); hay que mostrar lo cambiante, pero también lo permanente y en la filosofía contemporánea se asiste a un platonismo rejuvenecido al contacto con las filosofías del cambio.

Esta complejidad de la realidad requiere también un pensamiento complejo como ya anticipamos.

La visión lógica y la visión estética, como veremos más adelante, deben completarse; acaso, quepa incluir otras formas de visión. La poesía restituye

el sentido de la proximidad de las cosas; evita que el mundo exterior se torne hosco y extraño; restituye la confianza y acaso tenga razón Heidegger cuando analizando el sentido etimológico de la filosofía, invertía la traducción clásica, entendiendo que la filosofía es una ciencia del amor, que el filósofo es aquel que encuentra la unión profunda del ser humano con el ser (*Cours de 1928-29*, II, VII y XVI lecciones).

No podemos despreciar la autonomía de las cosas, de los hechos, del «aquí» y del «ahora» y considerarlos como momentos a superar por una dialéctica; por el contrario, debemos abrir un camino hacia nuestra intimidad. Ese era el voto de Rilke, especialmente en la maravillosa carta a Von Hulewicz.

«La naturaleza, las cosas que nos son familiares y las que nos sirven, son provisionales y caducas, pero son, mientras estamos aquí, propiedad nuestra y amigas nuestras; están al corriente de nuestro desamparo y de nuestra alegría, como fueron ya confidentes de nuestros antecesores. Se trata por lo tanto, no de ennegrecer y rebajar todo lo que es de aquí, sino precisamente, a causa de su carácter provisorio, que es también el nuestro, de captar esos fenómenos y esas cosas con una comprensión más íntima y de transformarlas. ¿Transformarlas? Sí, ese es nuestro deber; grabar en nosotros esta tierra provisional y caduca tan profundamente, tan dolorosa y apasionadamente, que su esencia resucite en nosotros «invisibles».

Así la lógica de la inconsistencia no podría olvidar que existen aspectos de la realidad de los cuales la poesía da cuenta con mucho más derecho que la lógica abstracta. «La distinción entre lo lógico y lo estético consiste en el grado de abstracción realizada. La lógica concentra la atención sobre la más alta abstracción. La estética se mantiene tan cerca de lo concreto como las necesidades del intelecto finito lo permiten. Así la lógica y la estética son los dos extremos del dilema de la mentalidad finita en su parcial penetración de lo infinito». (Whitehead, op. cit. pág. 84).

El pensar directamente sobre los problemas nos conduciría a afirmar que puede existir alguna unidad en la realidad, pero para nuestro entendimiento finito, la pluralidad es un hecho en tanto que la unidad es un postulado cuya comprobación todavía espera. No creemos, por otra parte, que si se logra la unidad eso signifique la exclusión de lo parcial. Si existe unidad será una unidad que esté por encima de la pluralidad: ¿no es ese el sentido del *Parménides* de Platón? Tanto la unidad como la pluralidad se implican recíprocamente y apelan a una unidad superior que es impensable. Así el monismo coloca lo irracional como el fundamento de la unidad. «A decir verdad, el único monismo que puede existir es el monismo místico. Porque lo que caracteriza a la mística, es que ella tiene previa conciencia del carácter irracional de los problemas que ataca; renuncia a poder comprenderlos y captarlos de una manera verdaderamente intelectual. En las fórmulas plotinianas sobre lo «Uno», situado necesariamente más allá del ser y del pensamiento, ese renunciamiento a la comprensión intelectual se vé así admitido y su necesidad es incluso demostrada de cierta manera, irrefutablemente. Sólo una cierta penetración dialéctica, unida a un profundo espíritu místico, podrá llegar a demostrar tal tesis que se encuentra en los límites de lo cognoscible. Efectivamente las otras formas de monismo, que parecen diferentemente articuladas no son en el fondo más que variantes del monismo místico». (N. Hartman, op. cit. Tomo I, pág. 237-8).

Pero a la afirmación de Hartmann podríamos oponerle una objeción. Podría, y se deduce de lo que hemos expuesto, existir una especie de mo-

nismo que se iría extrayendo de la experiencia, donde la unidad no fuera excluyente de diferencia y de multiplicidad. Esta tesis, de ser cierta, nos obligaría a la revisión de ciertas nociones del pensamiento, que acaso no sean más que nociones verbales y se afirmarían así la necesidad de superar ciertos planteos falsos de los problemas que conducen a una apariencia de insolubilidad.

La lógica de la inconsistencia se apoyará sobre el empirismo radical, puesto que éste admite como posible que la suma total absoluta de las cosas no forme jamás objeto de una experiencia positiva o no se realice de ninguna manera bajo esta forma y qu eun aspecto de la dispersión o de la unificación incompleta sea la única forma en que la realidad esté constituida hasta el presente». (W. James, *A Pluralistic universe*, pág. 44, ed. Longmans, N. Y., 1943).

Y repetimos, porque lo estimamos fundamental: si se quiere conceder realidad al cambio, al proceso, no se puede admitir que el universo esté constituido definitiva y totalmente, porque el monismo absoluto es enemigo del proceso, y cuando aparentemente lo admite, lo resuelve en una identidad final. De esta forma llegamos al establecimiento de una oposición: la oposición entre lo que Bradley llama *Absoluto* y lo que el mismo filósofo llama *centro finito*. Nuestra intención es la de defender el estatuto y los derechos de este último.

El monismo de Bradley se puede considerar como la culminación del monismo inglés, que comenzó, en cuanto la influencia alemana, en especial hegeliana, empezó a dejarse sentir en Inglaterra. No queremos decir con esto que Bradley sea un hegeliano. El mismo ha rechazado esa interpretación. «De Hegel. —nos dice— ciertamente pienso que es un gran filósofo, pero nunca podré llamarme un hegeliano, en parte porque no puedo decir que he dominado su sistema, y en parte porque no podría aceptar lo que parece ser su principio fundamental, o al menos, parte de este principio». (F. Bradley, *The Principles of Logic*, Tomo I, pág. X, ed. Oxford, Londres, 1922).

En Bradley, un pensador notable, parecen haberse dado cita una gran cantidad de teorías y tendencias opuestas y si se quisiera podrían encontrarse en él gran cantidad de influencias, pero «no es menos cierto que todas las doctrinas son transformadas, trasmutadas, como él dice, en su sistema, a la vez comprensivo, preciso y pletórico de lo desconocido; tan pronto se siente cerca del pensamiento de James, tan pronto del de Hegel. Fe y experiencia, totalidad y diversidad, pragmatismo y anti-pragmatismo, trascendencia e immanencia, parecen unirse en él; esta unión de un absolutismo intransigente, de un escepticismo irónico, de un cuidado por la experiencia, y del hecho particular, en fin, tal vez de un cierto sensualismo, siguiendo una observación de Sturt, hacen la dificultad y la originalidad de esta filosofía de la cual nadie podría negar la profundidad». (J. Wahl, *Les Philosophies Pluralistes*, pág. 3, ed. Alcan, Paris, 1920).

En su obra capital demuestra cómo el pensamiento de las «relaciones» es un pensamiento ininteligible y de acuerdo con Parménides enseña que el juicio en tanto expresa una relación no tiene realidad, y apoyarse sobre la diversidad trasunta una apariencia.

Gradualmente va mostrando, con una energía que sólo se encuentra en el filósofo de Elea, que la distinción entre cualidades primarias y secundarias no tiene fundamento; lo mismo ocurre con la distinción entre lo sustantivo y lo adjetivo; lo mismo con las relaciones espaciales. El movimiento, el cambio, la relación de causa a efecto, la distinción entre actividad y pasividad.

las rosas individualizadas, el yo personal, todo esto es inteligible. Acaso Royce concuerde con estos puntos de vista. Ya se verá.

Realiza así una crítica despiadada a través de los doce primeros capítulos, considerando todo eso como una *Apariencia*. Pero advierte que la idea de *Apariencia* implica la de *Realidad*, de igual modo que ésta implica aquélla. Es algo semejante a la implicación recíproca en Platón entre lo Uno y lo Múltiple, entre el Ser y el No-ser. Así la distinción radical de Parménides no puede mantenerse y es preciso apelar a la noción de realidad relativa. A defender ese compromiso consagra los dos últimos capítulos de su obra.

«No hay sino una realidad, cuyo ser radica en la experiencia. En este todo, todas las apariencias llegan con juntas, y llegando conjuntas según los diversos grados pierden sus naturalezas distintivas. La esencia de la realidad yace en la unión y el acuerdo de la existencia y el contenido y, por otro lado, la apariencia consiste en la discrepancia entre estos dos aspectos. Toda realidad al fin sólo pertenece a lo Real en singular. Tómese cualquier cosa, no importa lo que sea, que sea menos que lo Absoluto, y la discrepancia íntima proclama en seguida que lo que se ha tomado es una apariencia. La pretendida realidad se divide a sí misma y cae abandonada en dos factores enemigos. El «qué» y el «esto» son sencillamente dos aspectos que no manifiestan lo mismo, y esta diferencia inherente en cada hecho finito perpetúa su rompimiento. Mientras el contenido se mantenga por algo distinto a su propia intención y significado, mientras su existencia sea menos actualmente o más que lo que esencialmente debe implicar, estamos ocupados en la simple apariencia y no en la genuina realidad. Y hemos descubierto en cada región que esta discrepancia de aspectos prevalece. El ser interno de cada cosa finita es lo que está más allá de ella. Por tanto en cualquier lado, insistiendo en lo que se llama hecho, somos arrastrados por su carácter interno hacia algo trascendente. Y esta auto-determinación este residuo de idealidad de todas las cosas existentes es una clara prueba de que, aunque tales cosas existen, su ser es aparente». (F. Bradley, *Appearance and Reality*, pág. 455-6, ed. Swan Sonnenschein, Londres, 1906).

Y así va apareciendo su teoría del *centro finito*. Indudablemente para llegar a la noción de Absoluto tenemos que partir de la apariencia y ese pasaje será posible en tanto que la apariencia implique algo que la trascienda. De esa manera se puede restablecer el valor y el significado de la experiencia, del «aquí» y el «ahora».

«Es en la experiencia inmediata misma que el centro finito, por las apariencias es atraído más allá de las apariencias y en esas apariencias incluso siente la presencia de lo Absoluto. Podemos desde entonces precisar el punto de partida, el método, la dirección del pensamiento humano partiendo de la teoría del «centro finito».

(Continuará)

El anhelo de paz, cuando no traduce otra cosa que un deseo solapado de estabilizar viejas usurpaciones, suele manifestarse a través de teorías y abstracciones puerilmente irreales. Frente a esa doble sofisticación, por un lado, de intereses disfrazados de idealismo, y por el otro, de idealismos que, aunque sentidos sinceramente como tales, terminan, sin desperdicio, por favorecer aquellos intereses, se hace evidente la necesidad de actitudes más veraces, por las que se abordan más de cerca las situaciones conflictuales reales, considerándolas no como una simple querrela de grandes palabras, como "democracia", "fascismo", "marxismo", sino como problemas siempre renovados, erizados de múltiples dificultades concretas que los singularizan y en cuyo planteamiento habrá de esquivarse la tentación de recurrir a cómodas generalizaciones, como asimismo toda infiltración de prejuicios sentimentales. Si esa cañida consideración nos conduce al establecimiento doctrinal del pacifismo, no será entonces sin antes sopesar atentamente las razones con las cuales pensadores de indudable jerarquía como, por ejemplo, Scheler o Spengler, sostuvieron la tesis contraria, la positividad del hecho guerrero, el derecho irrestricto de la nación más fuerte a imponer su arbitrio particular o su concepción de la cultura. No ha de ser, seguramente, proscribiendo esas ideas sin antes examinarlas cuidadosamente, como lograremos precavar nuestro ánimo contra sus copiosas coacciones. La práctica del bien, si queremos que no decaiga en rutina estéril y timorata, exige un previo reconocimiento del mal, una experiencia, en constante alerta, de todas las aberraciones posibles que amenazan desquiciar nuestras virtudes aparentemente más firmes y legalizadas.

A esa urgente confrontación de ideas contribuyen estas "Voces de la India", que en defensa de un exaltado humanismo, nos hace llegar Eugene Relgis, el querido escritor rumano residente hace ya casi dos años en Montevideo. La palabra de dos figuras de tan immaculado prestigio como Rabindranath Tagore o Mahatma Gandhi, conciertan en estas páginas un emotivo testimonio a favor de esos ideales de confraternidad universal, tantas veces pregonados y otras tantas traicionados en los hechos. "No hay europeo —le escribía a Relgis el eminente escritor francés Romain Rolland— en cuyas manos deposite con más confianza, en el umbral de mi vida, mis ideas pacifistas y universalistas para que puedan ser transmitidas al futuro". Fiel a ese espíritu, que tan noble predecesor le transmitiera, la prédica de Relgis se afana por restablecer la confianza del hombre actual en las soluciones de libertad y de armonía, confianza que la incertidumbre política de estos años, mantiene, aun para los más optimistas, en una soseca sin pausas.

W. L.

Voces de la India

Según Rabindranath Tagore, el origen del nacionalismo debe ser buscado en la organización metódica de los pueblos con el objeto del éxito material: pues la nación es para los pueblos lo que la empresa práctica es para los individuos, o sea el sistema social que, en nuestro siglo, parece ser el único medio de éxito nacional: la riqueza económica, la fuerza armada.

Sin embargo, indagando el conflicto entre la fuerza de dominación inglesa y la tendencia de libertad india, Tagore veía también la parte «buena» de la opresión europea: el colono trae consigo la idea de libertad e igualdad de todos ante las leyes, enriqueciendo el alma asiática con los principios indispensables de una evolución normal y continua de las sociedades. Pero ante la tendencia de la India de competir económicamente (como el Japón) con

Europa, Tagore decía: «El problema vital reside en nosotros: el de nuestras castas». El quería convencernos que nada fué más liberal, más humano que las castas, que no exterminan otros pueblos o clases — y que conservan, parasitariamente, sólo la «pureza étnica». (Más claramente se expresó Tagore, cuando fué preguntado por un periodista si la liberación de los pueblos asiáticos depende de los movimientos revolucionarios de las masas europeas: Tagore se rió con indulgencia. Para él, los problemas sociales no se plantean en esta forma fragmentaria, antagonista. Los esclavos de Asia llegarán a ser libres; pero, si no se liberan ellos mismos, si la libertad no se realiza en sus conciencias, ellos no serán libertados ni por cien revoluciones europeas. En la base de toda redención está el imperativo de la conciencia, está la realización de sí mismo).

¡Cuántos europeos no proclaman en vano esta última verdad! Consolémonos con los testimonios del sabio poeta:

«Nunca predico a mis alumnos el egoísmo nacional. Desde la infancia he llegado a la convicción que nosotros, los hombres, somos hermanos. Creo que todos los jóvenes tienen la aspiración que también he tenido yo de joven: de amar y abrazar a los jóvenes de otras naciones. He conservado hasta ahora esta aspiración y he llegado a la juventud, para decirle que el pensamiento universal es siempre el pensamiento verdadero y original... Las ideas liberales, humanitarias del siglo XX, las ideas que Europa cree no más viejas de 50 años, son en realidad ideas ancestrales y serán descubiertas siempre por las almas jóvenes de toda la humanidad. ¿Por qué han de ser consideradas todavía como utopías? Nosotros hemos recibido estas ideas, pues los pueblos tienen un derecho sagrado: el derecho de la libertad... Es una verdadera satisfacción penetrarse a sí mismo, buscarse a sí mismo, liberarse de todo lo que no sea universal y descubrir en ti la límpida idea de la humanidad, sentir que se forma parte del amor fraternal por la práctica de la libertad.»

Estas palabras fueron pronunciadas en 1926 en Viena, en el centro de la Europa ensordecida por los megáfonos dictatoriales. Ellas suenan como una voz de otro planeta — y las repetimos a fin de templar nuestra propia fe... Tagore creía además que la humanidad tiene que realizar su infinita diversidad. (Yo precisaría de esta manera: Que la humanidad realizase su unidad dentro de su diversidad). Previendo el peligro de las supremas luchas de razas, él proclama la necesidad de la colaboración entre razas heterogéneas, sin la cual ningún progreso será efectivo. La India, libertándose más tarde también de castas, ayudará en la armonización de las diversidades humanas. El Oriente tiene su misión original, que es distinta de la cruel civilización maquinista del Occidente. La sociedad científica y mecánica es egoísta: ella mecaniza al hombre. La época de Verhaeren es el universal «tic-tac».

Este «tic-tac» del maquinismo que condena el poeta, se puede traducir en lenguaje ideológico, como también en la práctica social y política, por esta palabra: la violencia. Es la maldición de la que debemos —y podemos— redimirnos. Por la *no-violencia*. Expresión sin sentido para los Europeos y los Americanos obsesionados por el culto de la fuerza brutal.

Escuchemos una voz más, la de Mahatma Gandhi, el profeta de la India:

«Creo en la *no-violencia* y pienso que ella puede ser realizada entre los individuos y entre las naciones. Ella no significa sin embargo la no oposición al mal. Al contrario, la *no-violencia*, así como la entiendo yo, es una lucha real y activa contra el mal, más real que el espíritu de represión, pues el carácter esencial de la represión consiste en que éste da nacimiento a otros males. Deseo una resistencia espiritual y por lo tanto moral contra todo lo

que es inmoral. Trato por todos los medios de mellar el filo del sable que usa el tirano; no levanto contra él un sable más filoso aún, sino que lo desconcierto dejándolo esperar que yo le opongá una resistencia física. Las fuerzas espirituales con que resisto, lo paralizan. Al principio lo turban y, al final, lo obligan a apreciar al adversario. Esta apreciación, en vez de humillarlo, lo enaltece.»

He ahí, en unos cuantos renglones, la definición, la táctica, la significación ética y psicológica de la no-violencia. (¡Y cuando pensamos en los centenares de tomos macizos consagrados a la estrategia de la guerra!). Gandhi pudo darnos en nuestros días una síntesis tan viva, porque nadie la ha vivido con más intensidad y más lucidez que él. La no-violencia, bajo su forma dinámica, significa sufrimiento digno, activo. ¿Cuántos, entre los contemporáneos de Gandhi comprenden siquiera esto? ¿Cuántos, entre los contemporáneos de Jesús de Nazaret, han comprendido el Sermón de la Montaña? El eterno cuento del sacrificio voluntario del hombre que se ofrenda en aras de la salvación de la humanidad.

Y sin embargo no es cuento. Una creencia, una idea se transforma en realidad en el momento en que se encarna en un hombre. Y si se puede encarnar en un hombre, puede vivir en decenas, centenas, en miles de hombres — hasta llegar a ser para siempre el bien natural de millones de criaturas humanas, en la patria supranacional, en aquel paraíso de la libertad evocado por Rabiindranath Tagore en *Gitanjali*:

«Allí donde el Espíritu reside sin miedo y donde la frente está levantada; allí donde libre es la conciencia;

allí donde el mundo no ha sido despedazado entre estrechos muros;

allí donde las palabras brotan desde las profundidades de la sinceridad;

allí donde el esfuerzo extiende, incansable, los brazos hacia el perfeccionamiento;

allí donde la fuente límpida de la razón no se ha extraviado por entre el oscurecido y mortífero desierto de la tradición;

allí donde guiado por ti, el Espíritu avanza en incessante ensanchamiento del pensamiento y de la acción —

«en este paraíso de la Libertad, permite, oh Padre, que la patria mía se despierte!»

EUGEN RELGIS

¡Ay!, yo he conocido hombres nobles que perdieron sus más altas esperanzas. Desde entonces vivieron, impudicamente, para breves placeres, y apenas si se han trazado un objetivo de un día a otro. El espíritu es también una voluptuosidad, decían. Y, entonces, las alas de su espíritu se quebraron; y, actualmente, su espíritu no hace sino rampar, y mancha todo lo que toca. En otro tiempo, soñaban con llegar a ser héroes; actualmente, no son sino gozadores. El héroe les aflige y las llena de espanto. Pero, por mi amor y mi esperanza te conjuro: no renunciés al héroe que hay en tu alma. ¡Santifica tu más alta esperanza!

FEDERICO NIETZCHE

(Así hablaba Zaratustra)

No creemos posible que, en nuestro país, pueda eludirse sin verdadera pérdida, la influencia depuradora y suscitante que sobre nuestros modos de pensar ha ejercido y ejerce todavía la enseñanza magistral de Carlos Vaz Ferreira. En la nobleza y profundidad de su pensamiento, en su sabiamente coulo —en ese sentido, casi desusado— ejercicio de su alta capacidad lógica y psicológica, aprendimos, despertando de muchos sueños dogmáticos, a considerar más respetuosamente la materia profusa de lo concreto, a reconocernos ignorantes de nuestras ignorancias, a ir reconquistándonos, con persistencia denodada, soslayando las resoluciones engañosas que adoptáramos, en nuestra vocación de conocimiento, que entonces recién supimos menesteroso.

Sintiéndolo —seguramente— así, Luis E. Gil Selguero inaugura con algunas reflexiones de Vaz Ferreira la serie de notas y referencias que, anexas a su Curso de Lógica dictado en la Facultad de Humanidades, intitula "Para contribuir a la formación del espíritu filosófico". En su primera parte ("Sugestiones magistrales preliminares") Gil Selguero dice: "hemos escogido algunos trozos que sólo han sido para nosotros textos de una enseñanza magistral, que ha servido igualmente en nuestra formación; textos, como puede ver el lector, que tienden a definir una "amo filosofía pequeña" pero abierta y fecunda, ágil y crítico, vivos y capaces por lo tanto de escapar a las insinuaciones y peligros que supone el sistema, y la experiencia, menos vivaz, en que tiende a caer generalmente la docencia"; "deseoso —agrega más adelante— de que puedan compendiar o recordar parte de mi enseñanza o sugerir profundizaciones más vivaces en los problemas que más directamente les interesen".

Publicamos aquí las cinco primeras de dichas notas, con el objeto principal, pensando sobre todo en aquellos jóvenes que aún no han leído a Vaz Ferreira, y acordes con lo expresado por su autor, de "sugerir la posibilidad de lecturas más profundas y más extensas".

W. L.

Ideas Sobre Enseñanza

Todos los que podemos estudiar de cerca nuestra enseñanza secundaria, estaremos probablemente de acuerdo en que ella no tiene toda la fuerza educativa que podría y debería tener. Reconoceríamos además que, desde el punto de vista instructivo, no se alcanza en algunas materias el resultado que prácticamente sería permitido desear.

En las diversas partes de la exposición que sigue, procuro evidenciar los hechos en que me baso para hacer esa afirmación, y señalo algunas medidas que creo podrían mejorar en algo el actual estado de cosas. Una salvedad debo hacer, sin embargo: tengo la convicción absoluta de que el mal que señalo se debe, en su mayor parte, al régimen de los exámenes anuales, que desnaturaliza la enseñanza; que sustituye la verdadera cultura por la erudición en su forma más superficial, y que destruye en los jóvenes, muchas veces para siempre, el hábito de profundizar las cuestiones, el placer del estudio y la curiosidad científica.

Pero suponiendo que el Honorable Consejo tendrá serias razones para considerar imposible por ahora la realización del ideal pedagógico de la supresión de los exámenes, y deseando, además, que todas las medidas que me atrevo a proponer tengan carácter práctico y sean de sencilla aplicación, he querido partir del régimen actual como de un hecho, y señalar algo de lo que, dentro de él, sería fácilmente realizable. (Carlos Vaz Ferreira, *ideas*

Una larga observación que he podido realizar, primero como estudiante, y como profesor después, me ha convencido de que el empleo exclusivo o predominante de textos en la enseñanza secundaria, la rebaja muy sensiblemente y contraria poderosamente sus altos fines educativos.

Por textos, entiendo las obras de segunda mano, las obras destinadas a la enseñanza, en que las cuestiones, simplificadas, aclaradas, reducidas, clasificadas, han sufrido una preparación que las hace, sin duda, muy propias para la asimilación fácil y pronta, sin grandes esfuerzos por parte de la mente; pero que las enfría y esteriliza, quitándoles todo el interés viviente con que las animaran los grandes espíritus que las han planteado y discutido. (*Ibid.* págs. 240-241).

Hay hechos, fácilmente observables, porque cada persona ilustrada los encuentra entre sus recuerdos, que demostrarían esta última observación si ella no fuera evidente. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, la acción estimulante, puede decirse reveladora, que ejerció sobre su espíritu, en la niñez o en la adolescencia, la lectura de ciertas obras originales? ¿Quién no conserva un verdadero agradecimiento hacia ciertos autores de libros que lo hicieron pensar y sentir hondamente, aunque las doctrinas de esos libros no sean tal vez las que hoy profesa? Entre los recuerdos uniformemente monótonos de nuestros estudios metódicos casi olvidados, se destacan con especial relieve y colorido los que se relacionan con aquellas lecturas, porque *lo que verdaderamente educa, lo que ensancha, lo que abre horizontes, es el contacto, la comunicación directa con los grandes espíritus creadores.*

Todos los que enseñan pueden hacer sobre esto experiencias elocuentes. Hágase leer por los alumnos de una clase (o léalas el profesor) cualquier teoría en el original, viviente, sugestiva, tal como salió de la inteligencia que la pensó y sintió; calentada por el entusiasmo y por la polémica. Es seguro que por este medio despertará inmediatamente el interés: que verá a los alumnos atender, discutir, pedir datos para nuevas lecturas; y, como resultado, los habrá educado, habrá ensanchado sus espíritus, despertado en ellos ideas nuevas y amor a la ciencia. Haga estudiar, en cambio, esa misma teoría resumida en un texto, y observe los resultados: el interés, la curiosidad, la originalidad, no se despiertan; y, cuando esta forma de enseñanza ha durado cierto tiempo, la clase aparece como si sobre ella hubiera pasado un rasero: uniformada, medioerizada, fría. La preparación que se hace sufrir a las cuestiones, para presentarlas, en los textos, fácilmente asimilables, es una esterilización que mata en ellas todos los fermentos de vida. Por mi parte he visto este resultado en la clase de filosofía: las cuestiones que tanto entusiasmaban antes, a los estudiantes (entre nosotros llegaron a tener proyecciones políticas), dejaron de despertar interés desde que se empezó a estudiar exclusivamente por textos, sea que se tratara del anterior, de P. Janet, sea del actual, que es mío, lo que hace que mi opinión, en este caso, por poco autorizada que sea, adquiera especiales condiciones de imparcialidad. (*Ibid.* págs. 242-243-244).

Ahora bien, yo creo que este gran mal podría evitarse, sin renunciar por eso a los bienes obtenidos. Y la sencilla manera de conseguirlo sería, ya que subsiste el examen, independizar de él, en lo posible, la enseñanza, y dejar de considerar, como hoy se hace expresa o tácitamente, el curso anual

como una preparación para el examen.

Para esto, debo hacer ciertas consideraciones preliminares. Todos reconocerán conmigo, ciertamente, que, en el estudio, lo que cuesta, fatiga y abruma, no es el leer, no es el comprender, no es el meditar, sino el sentirse con la obligación de retener, para repetirlo, lo que estudia; no es el estudio mismo, sino la preparación. Estudiar cada día tres o cuatro lecciones, con absoluta tranquilidad; profundizar cuestiones científicas, por difíciles que fueran relativamente; meditar sobre ellas; discutir las en la clase; todo está a nadie cansaría, a nadie enfermaría, y sería, para casi todos, la más agradable de las tareas, si no la turbara el espectro del examen; si no la denaturalizara la preocupación de retener, de acumular esos conocimientos y todos los otros. En ese estado de espíritu, que no permite un solo momento tomar el estudio como fin, sino como medio, el que constituye la verdadera tortura; y es a esos factores, de orden más bien moral, que compenetran en todo momento el trabajo realizado en tales condiciones, a los que se deben verdaderamente, la fatiga, el desaliento, el *surmenage*. (*Ibid.* págs. 245-246).

En cuanto a la Filosofía, sólo debo hacer notar que, siendo su estudio el que más habitúa el espíritu a las vistas desinteresadas y generales, le es especialísimamente aplicable cuanto he dicho sobre la necesidad de independizar del examen, el curso anual, para poder, por una parte, reducir el programa del primero, y por otra, hacer el último en forma verdaderamente interesante y fecunda. (*Ibid.* pág. 257).

CARLOS VAZ FERREIRA

LA JUVENTUD

Dices que corro tras mi juventud. Es cierto. Y no sólo tras la mía. Más aún que la belleza, la juventud me atrae y con encanto irresistible. Creo que la verdad está en ella; creo que ella siempre tiene razón contra nosotros. Creo que, lejos de procurar instruirlos, es de ella que nosotros, los mayores, debemos esperar instrucción. Bien sé que la juventud es capaz de errores y sé que nuestra misión consiste en prevenirlos en cuanto podamos. Pero creo que, a menudo, al querer preservar a la juventud, se la entorpece. Creo que cada nueva generación llega con su mensaje y que debe manifestarlo; nuestro papel consiste en ayudar a esa manifestación. Creo que lo que se llama experiencia no es, a menudo, sino fatiga inconsciente, resignación y desengaño. Creo verdadera, trágicamente verdadera, esta frase de Alfredo de Vigny, con frecuencia citada, que parece simple sólo cuando se la cita sin comprenderla: «Una vida bella es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura».

ANDRÉ GIDE.

POESÍAS

GUIDO CASTILLO

Guido Castillo no nació casualmente a cien metros del Vilardebó, pues en esta peligrosa vecindad encuadra los primeros veinte años de su vida. Amarillento retoño de una familia ruinosamente aristocrática, sólo le ha servido este segundo hecho para su más júbilosa ironía. Nacido en 1922, pasó su infancia en la ciudad de Salto educándose en un colegio eclesástico. A los quince años, aburrido ya de su aristocracia y de su escuela, lo abandonó todo y se hizo vagabundo. Empezaron los días bravos para Guido. Pocos escritores nuestros pueden contar en su haber, estos años crueles, desarrapados y audaces que, sin embargo, pese a lo intenso, hasta ahora se han perdido sin huellas en su vida y sus escritos. Quizá cierto público recordará de Guido su fragorosa actividad de polemista. Pocas veces se ha divertido tanto el público de Marcha; acaso no interesaban al lector las ideas que defendía Castillo; hasta vagamente suponía que eran casi todas equivocadas, pero no podía menos de conmovirse ante aquella inmutabilidad celeste del polemista. Aunque sembraron algunas cóleras, los escritos de Guido han quedado en el ánimo del público como una explosiva expresión de ingenio y de alegría.

Es sobre todo su maestro, Joaquín Torres García, el que transforma vivamente su personalidad. Aquel ardor y audacia que había volcado al exterior en forma un tanto espectacular, al calor de su madre, de su esposa e hijo, cavan ahora corazón adentro, sus días llenos de fervor y de paciencia. "Mis proyectos se reducen a uno solo: a escribir, hablar, y vivir sin disimulo, pero también sin desvergüenza". Castillo ha preferido entre los poetas antiguos a Homero y Virgilio; y entre los modernos, a César Vallejo en América y a don Antonio Machado entre los españoles. "Creo que todo hombre que quiere adquirir conciencia del espíritu debe conocer la literatura Greco-Latina y la de su propia lengua. La primera, porque ella es el fundamento de toda cultura; la segunda, para aprender cómo viven las palabras que le sirven para vivir".

Desde hace años consagra casi todo su tiempo al estudio de la filosofía, del griego y del latín; y sobre todo —desde que era casi un niño— le obsede "la cosa más natural del mundo: la poesía, por no decir que es aún más natural que el mundo que inventamos todos los días y que denominamos mundo real".

En los poemas que el lector leerá a continuación, se observa una lógica poética en nada parecida a la formal aristotélica, según ya ha escrito Bergamín. Porque si bien es cierto que "un paisaje es un estado de alma", no es menos cierto que un estado de alma es susceptible de hacerse paisaje. En consecuencia, las cosas visibles son transformadas, sustituidas u organizadas según el estremecimiento interior. En el último poema, no se opera tal transformación de la realidad, siendo simplemente la vivencia simultánea de dos imágenes de un mismo ser, lo que produce la musical delicadeza de esa situación.

Castillo se inició como escritor en Marcha donde publicó sus primeros poemas, cuentos y ensayos. Desde su fundación es redactor responsable de "Romoveedor", periódico del taller Torres García. Prepara actualmente cuentos de los cuales Asir dará a conocer algunos próximamente.

D. L. B.

¿DONDE ESTAN LAS NIEVES DE ANTAÑO?

(Villon)

Me siento atado a este montón de nieve;
montón que cuando es ése
me deja vegetal entre árboles de hierro.
Montón aquel, que aspira a ser montaña
alejándose de mí hasta allá mismo
donde ayer estuve prometiendo no volver,
porque entre nada y nada se pasó la noche,
y al salir muertamente para aquí
me agarró el tiempo con sus soles,
y me aplazó el vivir para mañana
a las primeras horas de la tarde.
Y allá quedóse ese montón que dije;
en aquel lugar llamado éste
para siempre.

"¿Qué se hizo el rey don Juan?"

Anda aquí con sus antaños,
sus antiguas maneras de mosaico
venidas hasta ahí para esperarme.
Y allí se queda ese montón de nieve
brillante y ciego de seguridad,
completamente cierto
que en la estación debida
le irán llegando entre los vientos
—uno a uno y dos a dos—
todos los copos de mi sangre.

ERES TU MI MEMORIA

Tus ojos me recuerdan tus ojos,
tu voz, la tuya misma,
Eres tú mi memoria,
el amor,
el recuerdo que me pierde.
Has venido para robarte de mi corazón
que siempre te guardaba
como a una clara flor
sin nombre todavía.
Tanto andar hacia las sombras
vecinas de la tarde,
y ya estabas,
no sé cómo,
detrás,
en el viejo principio.
Me lo dicen los rincones de historia
de mis ganas de ti,
y el tiempo que te mueve los cabellos
como un viento escapado del mar sin olvido.

GUIDO CASTILLO.

Creemos ver en los poemas que de Emily Dickinson conocemos, la pureza de un numen poético de valor imponderable. No son sus versos trabajosos o forzadas arquitecturas. Diáfanos, quizá un poco esquemáticos, están siempre arraigados en la entraña viva de la experiencia poética, único justificativo, a mi entender, de toda creación.

El lugar destacado que este poetisa norteamericana ocupa en la literatura contemporánea podrá serle quitado, pero permanecerá siempre como un poeta cuyo sentido de ritmo (cadencia de hemistiquios latinos se perciben en sus poemas), y cuyo sensibilidad estética son indudables.

(M. L. de K.).

Y died for beauty...

*Mori por la belleza. Apenas estaba
En una estrecha tumba colocada,
Cuando uno, que por la verdad murió,
En un sitio contiguo se acostó.
Preguntando murmuró: ¿por qué has caído?
«Por la belleza» — respondile entonces.
«Y yo por la verdad — lo mismo es».
Y agregó: «Tú, mi hermana has sido».
Así, como parientes que se encuentran
De noche, conversamos, lecho a lecho,
Hasta que el musgo nuestros labios alcanzó,
Hasta que nuestro nombre hubo borrado.
Dos veces terminó antes del fin mi vida.
Y queda aún por ver
Si me revelará la Inmortalidad
Una tercera posibilidad,
Tan enorme y tan desesperante,
Como esas que dos veces ya surgieron.
Partir, eso sólo del cielo sabemos
Y eso sólo del infierno conocemos. (1)*

(Trad. M. L. de K.)

(1) Dice el original: Parting is all we know of heaven
And all we need of hell".

Creemos se sobreentiende "all we need to know".

"Yo sólo sé en realidad lo que he vivido hasta los doce años; lo demás simplemente lo conozco". Denis no podrá olvidar esta frase de Peguy que tan claramente revelaba su caso. Esta tierra de su infancia, San José, siempre presente aunque algunas veces invisible, ha impregnado su obra. Como tanto escritor del interior llegado a Montevideo, él también se ha librado de la muchedumbre apoyándose en la nostalgia del pueblo, del hombre y del paisaje, descubiertos por primera vez. Ya franqueando los treinta años, Denis es hoy uno de los escritores más conocidos y discutidos de nuestro medio. Se incluyó dirigiendo aquel desaparecido teatro polémico de tantos recuerdos, que funcionaba en la sala del Verdi. En dicho teatro el director y su público, corrían parejas, rivalizando en ocurrencias a cual más ingeniosas y absurdas. Es de ese tiempo su primera obra "la Liga de las Escobas". Con la última influencia del Vanguardismo, nació este libro de versos acrobáticos, agudos y frívolos al mismo tiempo. Cierto público ha guardado esta imagen deportiva de Denis, y lo ha perjudicado a enfocar desde este ángulo su reciente libro de versos: "Tiempo al Sueño". Ha creído ver "una serie de ingeniosas naderías" en un libro donde la conciencia de la vida está atrocemente resuelta en sueño, incoherencia, estupor y desarraigo.

Sucesivamente Denis ha sido crítico, actor, director y autor de teatro. Sólo recordaremos que su última obra "El Regreso de Ulises" suscitó las más encontradas opiniones. Algunos juzgaron que con ella "nuestro teatro dejaba de ser nacional para ser universal", mientras otros concluyeron rápidamente en que la obra era "un mamarracho antiteatral". Con amigos y enemigos en casi todos los círculos, Denis ha proseguido infatigable; y mientras muchos escritores jóvenes al llegar a los treinta años, crían abdomen y acaban por sonreír de su aventura literaria, él ha permanecido como el mejor ejemplo de vocación y ardor, convenciendo a todos de su necesidad de escribir como de una apasionada fatalidad. Aún hoy puede verse en cualquier café solitario, doblado hasta la madrugada sobre su ya "clásica libreta negra" haciendo y rehaciendo tres, cuatro, cinco, diez y hasta quince veces una misma obra. Podría sospechar el lector que el endurecimiento y la rigidez, sean el producto final de un trabajo tantas veces recomenzado; sin embargo, una de las sensaciones más inmediatas del arte de Denis es la espontaneidad, y esto se debe a que él, como dice Martínez Moreno, nunca corrige palabras ni frases sino argumentos o estructuras.

En los Concursos Oficiales, Denis ha sufrido una inveterada mala suerte. Sólo en un caso su novela "Lloverá siempre", fué elegida para representar a nuestro país en el Concurso Latino Americano de Novelas. Fue una inextinguible demora, la obra llegó tarde a Estados Unidos, sede del Jurado, y no pudo entrar en concurso.

El arte narrativo de Denis ha sido definido por R. Ibáñez como "realismo mágico". Es el sueño que transforma a las cosas o las cambia de lugar, de tiempo y de naturaleza. En otros momentos aunque la vida real haya sido fielmente reproducida, las cosas no viven como tales en la obra, sino como fantasmas o puras imágenes de los sentimientos. En "El herido" sólo se revela a medias esta manera del realismo.

ABIR tiene el placer de presentar a sus lectores uno de los cuentos más perfectos de nuestra narrativa, realizado mediante los procedimientos más honestos. Con una trama simple, lejos de esos habituales argumentos de crimen, abigeato, contrabando, injusticia social, adulterio, etc., a que nos tiene acostumbrado el cuento vernáculo, Denis descubre auténticos personajes camosinos, almas indefensas y simples, a las que baña un reconcentrado sentimiento de orfandad.

D. L.B.

El Herido

Su padre es un hombre pequeño. Se diría agrandado por el «Don» que le anteponen a su nombre los vecinos. «Don Ciriaco». ¡Y qué bien que suena! ¡Y como lo escucha él en el aire! «Don Ciriaco».

En la cocina de barro, cuando se levanta antes de amanecer el día, y se sienta sobre un tronco seco junto al fuego que él mismo encendió sobre el piso de tierra irregular, y toma mate, (fumando él solo, sin permitir que ninguno de sus otros hijos fume) claro está que más que su «Don» imponen respecto sus pequeños dijos que permanecen inmóviles como si quisieran ver en el vacío lo que no tiene afuera, lo que únicamente adentro transcurre, lo que casi no tiene forma ni límite, lo que él está pensando ¡tan profundamente! Y cuando quiere que le alcancen algo, lo indica después de carrapear. Y cuando da una orden, para darle más fuerza la da entre dientes, a medias.

—Tené j que cortar lo s'espínillo blanco, Julián.

— Sí señor; sí...

Julián se había llevado todo el pueblo a costas y el deseo de volver a él; un deseo que lo devoraba por dentro y por fuera. Levantó su casa (ranchos) junto al río y se puso a montar duro y parejo, sin pensar más en su poca suerte. Después se puso a armar el horno de carbón y fué cosa de tres semanas. Al otro día ya se veía salir humo por las troneras; un humo azul, como una gasa al viento. Esta era una señal de que se estaba quemando bien.

Julián a veces pide auxilio a su hermano Ismael o a Eliodoro (a Macario nunca).

Ismael no es un hombre sino un hombrecito cariñoso arrugado, lleno de pequeños gestos y una sonrisa que lo cubre hasta los pies, generalmente descaídos. En los tiempos en que ellos vivían en el pueblo, quiero decir cuando la madre los mandaba al colegio, en los tiempos en que el ferrocarril los hacía temblar de curiosidad, en los buenos tiempos del padre con trabajo, en esos tiempos no por idos perdidos, en esos tiempos Ismael le hacía los deberes a sus hermanos y éstos en la escuela pasaban al pizarrón sin saber nada, — llenos de miedo. Le hacía los deberes, sumaba las cuentas de la madre en el almacén y era el preferido del padre. Entonces no tenía más de nueve años, vestía de guardapolvo blanco y llamaba la atención de todos los vecinos por sus contestaciones. «¡Oh qué pico tienes». «Ea muy simpático» —decían todos—.

«¿Simpático?» ¿Qué es ser simpático? se preguntaban sus hermanos a menudo.

—¿Cuánto son siete más ocho, menos cinco?

Ismael le respondía a la maestra como quien saluda, con la misma naturalidad: —Diez.

Ahora Ismael es un hombre bajito. Los años lo han golpeado sin cesar. No conserva sino los ojos de aquel niño, que fué. No sabe sacar cuentas, lee a duras penas, se ha ido olvidando lentamente. Recién llegado al campo se afeitaba todos los días y se quitaba tres años para poder ir a la escuela, más tarde creyó que era una locura y abandonó los estudios.

Sus cuadernos están en el cajón grande del ropero descangallado. Son unos cuadernos sucios y olvidados. Los números y las letras dibujados con

lápiz se han desvanecido con el tiempo como en la memoria de Ismael.

Hoy día es otra cosa. Esta mañana la cerrazón no dejaba ver a cincuenta pasos de distancia; a veinte pasos, el mundo se esfumaba en un agradable gris flotante. Los actos de la vida llegaban al rancho siempre que produjeran ruido. Sabía Don Ciriseo que su hijo Julián estaba monteando por los golpes que se iban encadenando en el aire.

Ya se está visitando Ismael. Se levanta apenas prende fuego su padre. Allí está, de pie, en el umbral de la puerta de la cocina, dando los buenos días:

—Buen día, la bendición...

—Buen día, Dios lo haga un santo.

Estaba trabajando desde el amanecer en la otra orilla del monte, más allá del río que corría (que todavía corre y no hay por qué pensar que dejará de correr cuando Macario descubra quién es el que lo está llamando tan de incógnito) de norte a sur, abriéndose paso entre los árboles que le oscurecen; seguía Macario elevando un poco más la boquilla del horno de carbón.

Había cortado mataojos, quitado con el hacha afilada* requetesafilada, los nudos y nudillos de los troncos, para evitar que éstos rodasen en caso de levantarse viento. Estaba contrariado, pues no lograba sostener derecho los paños, se le caían a cada vuelta suya. Había desarmado la base y la había comenzado de nuevo tres veces, mas por una razón secreta, todo tenía que salirle mal. Llenó de enérgicas palabras el aire, de «malas palabras»; miró hacia el camino como llamado por algo extraño y repentino. Altos alamos amarillos desaparecían en aquel gris flotante. Escuchábase un rumor de voces. Voces sin boca, voces agudas del presentimiento, voces que, para Macario, estaban pidiendo auxilio hacia los cuatro vientos. «Papá»... «Eliodoro»... «Julián»... «Ismael»... Tan pronto oía una cosa como otra, y él se quedaba con la mano puesta sobre el corazón, mientras se decía: «Oh Dios mío!». Resistía apenas la perpetua roedura del presentimiento, y su corazón latía más de prisa, cada vez más y más... Pero continuó trabajando.

¿Qué podía hacer sino esperar? Esperar, sí; pero alguien lo está llamando.

Julián, el moteador, deja de golpear de repente. Acaba de dar un último hachazo sobre su pie derecho. Lo mantiene en el aire mientras se ata el pañuelo. Julián se quedó haciendo silencio; bajó hasta la sangre que traspasaba el pañuelo.

Ismael deja el mate junto al pico de la caldera. Pone en su hombro una bolsa vacía y sale zilbando despacito, al encuentro de aquel silencio. No es natural lo que ha sucedido. Sabe que Julián agacha la cabeza y no deja de montar hasta las once; y jamás ha hecho un intervalo tan grande entre golpe y golpe; cada tres cuarto de hora, más o menos, sabe que su hermano deja, entre golpe y golpe, el tiempo justo para armár un cigarro y nada más.

Ismael ya viene pensando en todo lo malo, pero no quiso hacérselo notar a su padre que, por otra parte, estaba pensando en lo mismo mientras se acercaba sin decir nada por el camino de los cardos.

Julián continuaba en su trabajo de atajar la sangre. Ya había empapado

des pañuelos y ahora se vendaba con una manga de la camisa.

Llegó por fin su padre, y sin decir una palabra se puso a calentar un hierro. Para Don Ciriaco aquello no tenía más importancia que el dolor.

Este rumor de herida abierta se va por el campo buscando un oído para ceharse a dormir; se da contra los árboles y hace cantar a sus pájaros, y a menudo se topa, como hoy, con el ganado que retoza en la mañana. Y así, sin razón visible, el caballo del muchacho que arrea las vacas se ha parado de manos negándose a dar un paso más hacia adelante; ha sido necesario enganarlo dando un rodeo por los mimbres. ¡El rumor! ¡El rumor! Como un rumor de avispas enfurecidas cruzó el campo de los Bentacur, y hasta Eliodoro llegó y se puso triste. Allí está él de pie ante el misterio, mirando los carbones encendidos que hay en la cancha, pero no da un paso para apagarlos... Son esas cosas que ocurren de pronto como un trueno a la distancia en el más hermoso de los días. Allí sigue él de pie, frente a la naturaleza abandonada a las necesidades de ese sentido capaz de escuchar los silencios. El carbón sigue ardiendo, él lo está mirando, mas no lo vé en este momento. El carbón se quiebra y produce el crujido de una arteria que se corta de repente. Este crujido hace remolinos alrededor de Eliodoro, le mueve las ropas, le toca las manos que las pone y las saca de los bolsillos, y corre el remolino, da vueltas en torno al horno de carbón. Allí está él de pie ante el vago presentimiento, mirando la llama que se eleva desde el centro del carbón recién sacado del horno. «¡Oh!»

Cuando se viene por el camino de los talas y se llega a estos molles que limitan la barranca, a mano izquierda, después de atravesar el alambrado de púa, en seguida se está en el campamento de Julián. No es propiedad suya el río, de seguro, pero los árboles ya nadie podrá reclamárselos como árboles; ya están negros sus troncos y sus hojas perdidas, vueltas entre el pasto que no las reconoce, debajo de la tierra que vuelve a nutrirse; pero los troncos sí que duelen, están de luto vestido por el fuego del horno; fueron vestidos, ahora están desnudos; carbones apagados; hacinados debajo de un enorme montón de tierra.

Ismael ni siquiera se acerca a ese montón de tierra que es el horno de carbón: se dirige derecho al monte.

—¡Julián!, ¿qué te has hecho?

Como Julián no contesta una palabra e indica a su padre que calienta un hierro a pocos metros de allí, detrás de un enorme tronco, Ismael pregunta a gritos:

—¿Qué fué?

Su padre enseña el hierro, ya casi rojo blanco, y responde:

—No es nada. Hay que quemarlo.

Julián ya no podía mover el pie; el dolor aumentaba; las puntadas, como relámpagos, le cruzaban todo el cuerpo y se repetían haciendo cada vez más pequeños los intervalos entre una y otra; un malestar comenzaba a invadirlo; un dolor agudo nacía desde la herida e iba a confundirse con todo lo que era Julián que, cuando vió que su padre se acercaba con el hierro candente, se prolongó en un detenido gesto de sufrimiento.

—No es nada, hijo... ¡Ya está!

Julián se prendía de la hierba resbaladiza, retorciéndose, y de vez en cuando soltaba un «¡Santo Dios!», que le renovaba por sí solo el dolor agudo. Cuando estuvo detenida la sangre se dejó caer sobre la herida; sintió el

fuerte olor a carne quemada, respiró profundamente, se echó hacia atrás con las manos apoyadas en el suelo y se puso a reír.

—¡Pero es andar mal, caramba!

Su padre y hermana se echaron a reír también, pues les animaba el ver que lo peor estaba pasando ya; y el volvió a tomar el hierro, y entonces lo miró, agradeciéndole en el aire:

—¡Ni un doctor lo hubiera hecho tan rápido! ¿Eh hijo? — y volvió a reír su padre.

El carrito de Eliodoro es amarillo; lo ha pintarrajeado desde las varas hasta la culata. Ha sido el gusto de su hermana menor. Quiso contentarla.

—Ya te dije que yo te llevaba la ropa, y que si querías te la mandaba con Don Marucho; pero pinté de amarillo el carrito, si querés que yo vaya con voz al pueblo, ¡ya lo sabés!

Los que están parados en la puerta del boliche de Fuentes, contemplan el carrito amarillo, y mientras mascan la colilla del cigarro habbeado comentan la ocurrencia del colorinche. Lo comentan largo y tendido porque es el único vehículo que no se detiene allí para cargar algo, aunque sea una «copita», y porque, en verdad, es un color que llama la atención en aquellos lugares; un color de loco, como dicen por allá.

De lo de Eliodoro a los ranchos de su padre no hay sino vueltas y más vueltas, y no más de cinco leguas; se dobla una media legua hacia la derecha y se tranquea en repecho una cuarta hacia la izquierda; se tira de las riendas de los caballos un rato y se le tira otro; se marcha con el carrito frenado como unas treinta vueltas y se les deja las riendas sueltas otro tanto; ¡ah!, pero siempre se deja de hacer lo que se está haciendo para saludar al que pasa:

—¡Adiooo!...

Así, poco a poco, Eliodoro silba todas sus canciones y habla solo un rato sin que se dé cuenta de ello. Los que, como él, están cansados de hacer este recorrido, cierran los ojos al llegar a los molinos y dejan a los caballos que marchen solos hasta la primera vuelta de camino.

—Esta mañana, —piensa Eliodoro— ¿quién lo hubiera dicho?

Le da miedo solo pensarlo; le da miedo ese rumor mal agüero del destino, señal inequívoca, mala noticia del aire; se lo está diciendo el corazón. Le da sólo miedo, y por más que hace por no pensarlo el rumor lo persigue hasta atormentarlo. Ese pájaro mensajero, invisible carta del aire, se lo viene leyendo, pregonando, machacando, en uno y otro oído. Claro está que algo tiene que ser, pero Eliodoro no quiere ni pensarlo, y le da un fuerte arriadorazo al caballo como quien quiere librarse de algo; entonces se pone a silbar cualquier cosa, como para aturdirse. Canta a toda voz. Intenta asustarse con las primeras gotas, mira al cielo y sus continuos relámpagos, y oye los truenos; pero todo esfuerzo por salir de lo que está pensando, de lo que alguien, que es el viento, le está diciendo, pregonando, fué inútil.

En este mismo momento Julián grita de súbito: «¡Ay Dios mío!» Se ha dejado caer al suelo. Se retuerce, mueve todo el cuerpo como si un viento poderosísimo lo agitara.

—¡Ay, Dios! ¡No aguanto más!

Tira lejos el banco largo que está a su lado, lanza la botella de caña al patio de tierra. Un grito del perro corre desde el patio hasta el horno; luego

el perro aparece lamiéndose la herida.

Anochecía cuando Macario, después de haber trabajado bajo una lluvia finita y helada casi toda la tarde, andaba empapado campeando el caballo para ensillar e ir a su casa.

—¡Ay Dios mío! ¿Qué habrá pasado?...

Y van apareciendo todos los hermanos y corren los peligros más grandes por el campo; se les unen los envenenamientos, los ríos crecidos, los caballos, las escopetas cargadas por el diablo, las enfermedades que galopan; y nunca se acaba de pensar en lo malo, en lo peor...

María Elena fué a colocar el brasero más cerca de la cama. Ismael, a espaldas de su padre, le hizo un gesto a sus dos hermanas (María Elena y Florinda) como quien dice: «Ahora sí que la cosa se está poniendo fea».

El herido salió, aparentemente de su mundo lejano en que lo había colocado la fiebre y la imaginación de los acompañantes, y rompió a gritar: ¡Eliodoro, Eliodoro!» Tal vez en ese estado en que se hallaba, confundió la voz de su padre, que se aproximó a la cama y dijo:

—¿Qué? ¿Qué quiere, hijo?

Macario entra y sale del monte, con una chala en la mano, silba el viento; se oye el rumor del río que está creciendo de una manera inquietante. La lluvia que arrecia, los animales que se acurrucan debajo de los árboles, el viento que silba y duele, el Macario no encontrar el caballo, hace más desoladora la hora, más triste el campo.

—¡Papá, por Dios, no nos asúste! —dijo María Elena— ¡Está lloviendo a chaparrones, sacarlo ahora sería una locura, podría agarrarse un pasmo!

—Eso — agregó Ismael con precipitación.

El enfermo vaciló algunos segundos en si debía abrir los ojos o seguir escuchando con ellos cerrados; pero como podrían descubrirlo por lo primero, se decidió por lo segundo. Don Ciriaco aguardó que María Elena continuase y escupió en el brasero; pero como en el silencio todos estaban de acuerdo en que era mejor esperar otro día, quiso hablar de Eliodoro y Macario y también de Florinda, a quien (estaba pensando) hay que ocultarle la gravedad... pero se calló.

El carricoche amarillo se detiene a altas horas (más altas por ser en el campo) de la noche, y Eliodoro se llena de alegría y miedo. Ha conseguido por fin llegar (razón de más para llenarse hasta el desborde de alegría), y no sabe cómo, pero el hecho es que la tranquera se abrió sola (razón de más para tener miedo).

—¡Vamos, caramba! ¿Ahora no querés pasar? — le grita a su caballo Eliodoro.

Carrito y hombre (en realidad, Eliodoro y su hermana, porque lo que anda allí es Eliodoro y el color amarillo que fué gusto de Florinda) se hallan adentro del agua, resbalando desde un costado a otro.

Allí va él, que es Eliodoro, frenando y tirando de las riendas en el cuesta abajo, atraviesa el cañadón, justamente por el lugar en que María Elena (su hermana mayor) lava la ropa. Se da entera prisa, si: tanto apura los caballos que el carrito se sale y se vuelve a salir de las huellas.

—¡Eh, matungo!

El caballo empieza a subir el camino antes de llegar al alambrado, y por tanto antes de llegar a la quinta y última tranquera.

Sobre el techo de paja se oye cada vez más fuerte el sordo rumor de la lluvia. Está cayendo agua desde las primeras horas de la tarde. La luz de cuarto negro y bajo es amarillenta y pequeña.

El herido gime en el catre de una sola sábana. Su padre se acerca inclinándose apenas. Todo huele a lluvia, y al entrar Eliodoro arrastrando sus pesados suecos, Julián sueña con enormes troncos que caen sobre su pie, y entonces da un fuerte grito, pero sigue dormido.

Florinda viene de la habitación de al lado. Es morocha, casi el retrato de la «finadita» (la madre); su rostro revela llanto en silencio, tiene labios y cutis pálido, contempla al enfermo desde la puerta, sosteniendo con el brazo la cortina de cretona.

El herido se da vuelta en la cama; Don Ciriaco, Eliodoro, Ismael, María Elena y Florinda se encuentran en las miradas que atraviesan el cuarto como uno de los tantos relámpagos; y en seguida truenos continuos.

—¿Adónde iremos a parar? — se preguntaba Macario del otro lado del monte.

Macario va a pasar una noche de mil demonios; es casi seguro de que no va a poder pegar los ojos. Vuelve a su campamento, enciende el fuego, calienta el agua, toma dos mates, pone a secar las alpargatas; se acerca al fuego y su ropa comienza a echar un humito blanco. En medio de la soledad de aquella noche, en la angustiosa noche que parecía hacerse interminable, empezó a brillar la idea que debía poner punto final a aquella duda, a aquellos malos pensamientos, a aquel presentimiento, a aquellos momentos porque estaba pasando «Voy a casa de cualquier manera y asunto concluido» — resolvió de pronto.

Don Ciriaco volvió a sentarse sobre la bolsa de maíz, junto al brasero, y se puso a revolver los carbones con la punta del cuchillo, pero ahora su rostro desmentía la casi sonrisa que anteriormente había puesto en sus pala-

No volvieron a abrir la boca. Ismael parado en el umbral de la puerta, bras cuando le contó a Eliodoro lo sucedido.

esperando el día, mientras se imagina al río creciendo y los caminos intran-sitables; María Elena y Florinda, sentadas en la orillita del catre, rezando en silencio, y Eliodoro recostado al tabique con un pie contra la pared, entregado a sus tristes pensamientos. María Elena, a pesar de lo que había dicho, creía que se estaba perdiendo tiempo. Ismael pensaba lo mismo, y temía tenerse que echar algo en cara al otro día.

Cerca del catre brotan miles y miles de ahejas tan heridas de árboles, que al enfermo le parece oír el golpeteo de su propia hacha. Pero ocurre que hay algo de cierto y mucho de engaño. Lo importante es conocer en la «razón la dirección de cada uno de aquellos ruidos. Al otro día está el cielo como trapos viejos, lleno de agujeros, sin fondo; allí duerme él, debajo de unos manzanos, a la sombra de un caballo que no existe, en la granja del mance Olagüe.

Desde los árboles la cosa se hace más difícil, todo se borra y es preciso conocer el significado de los ruidos para saber que ocurre del otro lado. En seguida toma a la derecha dos, tres días, y llega al pueblo.

—¿Llevas el pie, Julián?

—¿Qué querés? ¿Que lo deje?

—No, pero es para preguntarte si te duele mucho. Sos muy sufrido. No podés dar un paso con esa herida.

—¡Ah, qué ocurrencias las tuyas! ¿No ves que llevo dos alas puestas?

—¿Alas?

Las alas han sido dos ramas secas, de olivo también; dos cabezas de vaca sobre un vidrio verde. Todo esto ya lo comprenderéis, eran sueños. Sin embargo, retratado estaba en una tarjeta que su padre guardaba en el ropero; dentro de una caja blanca de zapatos, un zamarillo carricoche sin toldo, con ramas verdes y muchas caretas de poco precio. Un hombre que parecía un oso conducía los caballos llenos de lana y trapos de colores. Este, según lo inscripto en el cartelón que lucía muy alto, entre dos palos de espinillo blanco, era: «Los ángeles paisano». Por el retrato, tomado en la plaza, sus disfraces consistían en las ramas verdes de olivo y en los trapos de colores que llenaban el carricoche. Estaba Julián mirando hacia atrás del coche, fatigadísimo de haber hecho todo el camino con la careta puesta. Dejaba que los caballos lo llevaran, pues conocían muy bien el camino. Estaba teñido hasta los ojos. En la plaza del centro dieron varias vueltas. ¡Ah qué tristeza daban! ¡Que siguieran dando vueltas alrededor de la plaza! ¡Estaban allí para divertirse, y recordaban dolorosamente el esfuerzo que habían hecho para hacer reír, y todavía sin lograrlo!

Se rieron entre ellos. No sabían qué hacer entonces.

«Los ángeles paisano» querían demostrar el valor de sus alas, y esto que iban a hacer no se lo hubiera permitido Don Ciriaco si no fuera carnaval. Hubo risas y gritos. Julián toma una ramita de entre las grandes ramas verdes, le quita todas las hojas antes de hacerle cosquillas a su padre, que va sentado en el pescante. Rato hace ya que nadie abre la boca para nada. En un costado, su hermana mayor imita al zumbido de las abejas, detrás de su careta de tigre; pero sabe Julián que María Elena está llorando, que va a llorar mucho. Es demasiado pronto aún. Hay que esperar... Abre los ojos en el pueblo, pero sigue dormido para sus hermanos que lo rodean. Ha ido al pueblo en busca de galleta. Se hace esto como pretexto para ir a ver las «mujeres de la vida». Se esconde Julián en las galletas y escucha lo que piensan sus hermanos a través de los gestos. Si se sabe leer en los rumores del aire, se advierte que Julián no traerá galleta, que anda distraído, que busca justificarse en sus modales vagos, en su voz imprecisa, en su enredarse en los pasos.

En lo mismo de ir al pueblo (siempre que en su casa no haya sucedido algo) se halla Macario. Al pensar en esto, también Macario se desahoga, y entonces se da cuenta de que está lloviendo, de que llueve a chaparrones. Pero Julián no sabe como ha ocurrido; se ha tendido junto a la mujer desnuda, para estarse un rato con ella, y, poco a poco se ha sentido imposibilitado, como ante un árbol. Advierte que aquí, donde por casualidad se sorprende, no existe sino la lluvia y la noche llena de truenos y relámpagos. Allí está él, tendido en su catre, y el agua lo está mojando con su propia sangre.

Súbitamente se despierta en el arroyo. Y estas otras cosas en que se ha puesto a soñar, que están en él, como pulsación o simplemente como agua que corre, también tienen que ver con su pie herido; empujadas por la misma sangre están y la lluvia, la tierra, el techo de paja, el pájaro, el pasto, le duelen más fuerte que el pie multiplicándose, que ese pie que ahora

anda dando pasos por el cementerio y entre ataúdes humildes, rodeados de girasoles y macachines. Julián se yergue; grita, vé el árbol caído. Distinto y con un pie que se agranda, que se infla... Mientras está así, una serpiente le clava los colmillos en el pie izquierdo, cae al agua y el río se tinte de rojo con su sangre y es arrastrado por la corriente y él se ve perdido y no puede gritar porque se le llena de agua la boca. En el mismo instante, da al viento su rostro trágico y el aire se carga de noticias para sus hermanos. Se da entouces la coincidencia de que ya no se oyen los golpes del hacha contra las distancias. Pero lo cierto es que nadie quiere creerlo. Por el río abajo, luchando a brazo partido con los ahogados, Julián. En todo su cuerpo, Julián, ha sentido en el agua fría a la culebra, que va derecho a la picadura, doblemente viva al fuego, sin detenerse guiada por la mano de su padre. Julián se retuerce, grita, se prolonga en un grito. Ahora las culebras se han multiplicado y hay ante él miedo a morir como un árbol cuyas ramas y tronco son culebras trenzadas. Se siente que el agua trabaja apasionadamente en algo que estalla en gemidos, y el padre abre el ropero descangallado y cae la puerta, y Julián despierta gritando:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

Tuvo esa noche una fiebre que lo hizo volverse de un lado y de otro, y le excitaba y le hacía hablar como un loco. En cuanto lo acostaron, pensó en el hospital, en sus hermanos y su padre. Después pensó en su poca suerte. «¡Si me hubiera ido para el pueblo cuando quiso llevarme Don Miguel Sánchez!» «Pero es que uno se acuerda de Santa Bárbara Bendita cuando truena». Si estuviera en el pueblo sabría leer y sacar cuentas; sí, estaría bien empleado como Mauricio (su otro hermano) porque mire que es triste morir sin saber nada, irse de aquí sin haber estado... Mesmo: es triste... muy triste...

—¿Está mejor, hijo?

—Sí... señor... sí...

CARLOS DENIS MOLINA

EL FIN

(Conclusión)

Sin prisa pasó cada vez más lejos y no olvidó ni el tilo de la iglesia con los pequeños trozos de césped ni la presa del elevado molino, el antiguo lugar favorito de sus baños. Permaneció de pie delante de la casita en la que antes había vivido su padre, y recostóse tierno un momento en la vieja puerta, buscó también el jardín arriba y vió por sobre un duro, flamante tejido de alambre, desviando los ojos, un nuevo plantío adentro, pero los peldaños de piedra redondeados por el agua de la lluvia y el redondo y obeso membrillo al lado de la puerta eran todavía los viejos. Aquí había vivido Knulp su había él vivido antaño una dicha plena, abundancia sin sobra, bienaventurados mejores días, antes de que se hiciera expulsar de la escuela de latín, aqu. ranza sin amargura alimentada, hurtos felices de cerezos estivales, hundida y fugitiva alegría de jardinero en acechar y cuidar sus flores: queridas lacas de oro, alegres campanillas, mórbidos y aterciopelados pensamientos, y conejeras y talleres y pajareras. Ningún tejado a cuyo lomo no pudiera subir, ningún jardín cuya fruta no hubiera probado, ningún árbol al que no hubiera trepado, sobre cuya cima no pusiera un verde nido de sueños. Este trozo de mundo le había pertenecido, había sido por él conocido y amado en la más profunda intimidad; aquí habían tenido significado, sentido, historia para él cada ramillete y cada seto, lluvia y nieve cayendo le habían hablado, aquí habían vivido aire y tierra en sus sueños y anhelos, le respondían y su vida con él respiraban. Hoy todavía, pensó Knulp, no hay quizá por los alrededores ningún habitante, ningún propietario de jardín, a quien todo esto pertenezca más, que le sea de más valor, que le hable más, que le conteste más y más recuerdos le despierte.

Entre cercanos tejados, se recortaba alto y puntiagudo el frontis gris de una delgada casa. Allí había vivido en su época el curtidor Haasis, y allí habían encontrado los juegos infantiles y placeres de muchacho de Knulp su fin en la intimidad y tiernos tratos con muchachas. De allí había retornado a su casa muchos atardeceres por las oscuras callejuelas con los germinantes presentimientos del placer de amar, allí había hecho la trenza a las hijas de Gerber y se había abandonado sin freno a los besos de la hermosa Francisca. Quiso ir allá, por la noche, o quizá de mañana. Ahora, sin embargo, estos recuerdos lo halagaban poco, se hubiera desprendido contento de todos juntos por el recuerdo de una única hora de los más antiguos, de la infancia.

Una hora y aún más detúvose él en el seto y miró abajo, y lo que vió no fué el nuevo, extraño jardín, que allí se extendía y que con jóvenes arbustos de bayas, sin hojas y otoñal se presentaba. Vió el jardín de su padre, y sus flores infantiles en pequeños arriates, orejas de oso y balsaminas vidriosas plantadas en sábdos de Pascuas, y pequeños cactus creciendo entre piedrezuelas, sobre las cuales había puesto cien veces lagartijas prisioneras, desdichadamente, ya que ninguna permanecía allí; habitaba y quería ser su animal doméstico, aunque ello no obstaba para que de nuevo, lleno de ansiedad y esperanza, pusiera la que recién cazara. Todas las casas y jardines, todas las flores, lagartijas y pájaros del mundo, se le podrían hoy regalar, y ello nada sería ante el maravilloso esplendor de una única flor estival, como las que antaño en su jardincito crecían y los exquisitos pétalos soltaban en

silencio caído afuera. ¡Y las bayas de antaño que tan bien recordaba! Ellas se fueron, ellas no habían sido eternas e indestructibles, en alguna parte. Uno las había arrancado y desenterrado y hecho fuego con ellas, y madera, raíces, hojas secas habían ardido juntas, y no hubo nadie que se quejara.

Sí, aquí había estado a menudo Machold al lado suyo. Ahora él era un doctor, un señor, iba en cabriolé a ver a la gente enferma, y había seguido siendo un hombre bueno y franco: pero también él, este inteligente y riguroso hombre, ¿qué era ante el pasado, ante el crédulo, tímido, tierno, expectante niño de antaño? Aquí él le había mostrado a Knulp cómo se construían jaulas para moscas y torres de teja para langostas, y él había sido el maestro de Machold y su más grande, su más inteligente, admirado amigo.

La lila vecina era vieja y estaba cubierta de seco musgo, la casa de madera de otro jardín se había arruinado, y uno podía construir en su lugar lo que uno quisiera, pero nunca nada tan hermoso, agraciado y perfecto como lo que una vez había sido.

Comenzaba a anochecer y a hacer frío cuando Knulp dejó el camino lleno de hierbas del jardín. Desde la nueva torre de la iglesia, que cambiaba la fisonomía de la ciudad, llamó una nueva campaña,

Se arrastró a través de la puerta de la casa del cortidor hacia el jardín. Era víspera de feriado y no se veía a nadie. Silencioso caminó sobre el pálido suelo curtido hacia la bostezante abertura, donde estaban las pieles sumergidas en lejía, y hasta los muros, donde el río ya oscuro llegaba a las piedras verdes, de moho. Este era el lugar en que un anochecer comiera con Francisca, los pies desnudos chapoteando en el agua.

Si ella no me hubiera hecho esperar en vano, pensó Knulp, todo habría sido diferente. Aunque había desaprovechado la escuela de latín y el estudio, yo hubiese tenido fuerza y voluntad bastantes para llegar a algo. ¡Cuán sencilla y clara era la vida! Antaño se había él rebajado y no quiso saber más de nadie, y la vida en seguida se lo robó y no le exigió más nada. El había sido, por otra parte, lo reconocía, un vagabundo, estimado en los buenos años juveniles y solo en la enfermedad y en la vejez.

Le tomó un gran cansancio, sentóse sobre los muros, y el río murmuró oscuro en su pensamiento. Había sobre él una clara ventana, lo recordó, era ya tarde, y no se le debía encontrar aquí. Se escurrió en silencio fuera del jardín, fuera de la puerta, abotonó la levita y pensó en dormir. Tenía dinero que el doctor le regalara, y después de una corta reflexión desapareció en una posada. Hubiera podido ir al «Ángel» o al «Cisne», donde se le conocía y donde hubiera encontrado amigos. Pero eso ahora no le importaba.

Mucho había cambiado en la pequeña ciudad, cosa que antes le hubiera interesado en lo más pequeño; pero esta vez él no quiso ver ni saber nada, fuera de lo que pertenecía a los antiguos tiempos. Y luego que hubo sabido, después de unas cortas y bien conducidas preguntas, que Francisca ya no vivía, todo para él palideció, pareciéndole que sólo por ella él había escapado. No, no tenía sentido vagar aquí por las callejuelas y entre los jardines, ni permitir que le gritaran, aquellos que la conocieron a medias, piadosas burlas. Y como él por casualidad encontrara en la estrecha callejuela del correo al médico de la administración del mismo, se le ocurrió de pronto, que se le podría al fin allá arriba, en el nosocomio, echar de menos y salir en su buca. Al punto compró en casa de un panadero dos panecillos, metiólos en el bolsillo de su levita, y subió, ciudad afuera, antes del mediodía, una escarpada calle.

Allá arriba, alto, a la orilla del hosque, en la última gran curva de la

ralle, estaba sentado un hombre cubierto de polvo sobre un montón de piedras y partía con un martillo de largo cabo la azul oscura caliza en trozos.

—Knulp lo miró, saludó y se detuvo.

—¡Ave María! — dijo el hombre y siguió golpeando, sin levantar la cabeza.

—Me parece —aventuró Knulp— que el tiempo está por descomponerse.

—Puede ser, —gruñó el picapedrero y miró un instante a lo alto, encogido por la luz del mediodía sobre la calle—. ¿Adónde va Ud.?

—A Roma, a ver al Papa —dijo Knulp—. ¿Está lejos aún?

—Hoy no llegará Ud. Y si por todas partes Ud. se detiene e incomoda a la gente en su trabajo, no llegará Ud. nunca.

—¿Opina Ud. así? ¡Vaya! No tengo prisa, gracias a Dios. Es Ud. un hombre diligente, señor Andrés Schaible.

El picapedrero se puso la mano sobre los ojos y examinó al peregrino.

—Ud. me conoce —dijo pensativo— y a mí me parece conocerlo a Ud. Sólo que no puedo recordar el nombre.

—Debería Ud. preguntárselo al viejo tabernero del Cangrejo, donde nosotros anno noventa hemos tenido nuestro sitio. Pero él ya no vive.

—Hace mucho que ya no vive. Pero ahora me acuerdo, parroquiano viejo. Tú eres el Knulp. Siéntate aquí un poco, y da gracias a Dios también!

Knulp se sentó. Había subido demasiado rápido y respiraba con fatiga. Frente a él, rojos y oscuros, hormigucantes tejados y pequeñas, verdes islas de árboles. Vió ahora cuán hermosas en el fondo yacían la pequeña ciudad, el río reluciente entre ellos.

—¡En lo lindo estás aquí arriba! — dijo él tomando aliento.

—Si así fuera, no podría quejarme. ¿Y tú? Antes te hubiera sido más liviano subir cuesta arriba. ¿No es verdad? Jadeas atrozmente, Knulp. ¿Visitas una vez más tu tierra?

—Sí, Schaible, será la última vez.

—¿Por qué, pues?

—Porque tengo los pulmones estropeados. ¿No conoces algún remedio?

—Si te hubieras quedado en tu casa, querido, y hubieras trabajado bravamente y tenido mujer e hijos y acostado temprano, otra cosa, quizá, te sucedería. ¡Vaya! Pero tú ya sabes mi opinión desde antes. Ahora nada se puede hacer. ¿Es tan malo?

—¡Ah! Yo no sé. O también, yo ya sé. Va cuesta abajo y cada día un poco más rápido. Pero no está del todo mal, cuando uno es solo y no es una carga para nadie.

—Cómo tomarlo, es cosa tuya. A mí me apena, sin embargo.

—No es necesario. Alguna vez debemos morir; les pasa aún a los picapedreros. Sí, parroquiano viejo, ahora estamos sentados aquí los dos y no podemos envanecernos mucho. Tú has tenido también una vez otros pensamientos en la cabeza. ¿No quisiste emplearte en el ferrocarril?

—¡Ah! Son viejas historias.

—Y tus hijos, ¿están sanos?

—Creo que sí. El Jacobo ya gana.

—¿Sí? ¡Ah! El tiempo pasa. Quiero ir, creo, todavía un poco más lejos.

—Nada te apura. ¡Cuando uno hace tanto tiempo que no se vé! Dime, Knulp, ¿puedo ayudarte con algo? No es mucho lo que tengo conmigo, quizá un medio marco.

—Puedes necesitarlo para ti mismo, viejo. No, gracias.

Quiso todavía decir algo, pero se sintió desdichado y calló. El picape-

drero alcanzó su hotella de mosto. Miraron un momento sobre la ciudad, un reflejo solar en el canal del molino relampagueó intenso, sobre el puente de piedra avanzaba lentamente un carromato, y en la presa nadaba con dejadez una blanca escuadrilla de gansos.

—Ahora he descansado y debo alejarme, comenzó de nuevo Knulp.

El picapedrero, pensativo, sacudió la cabeza.

—Escucha, tú hubieras podido ser otra cosa que un pobre viandante —dijo él lentamente—. Hay como un pecado en tu daño. Sabes, Knulp, yo no soy un feligrés, pero yo creo observar lo que está en la Biblia. Tú debes también pensarlo. Si debieras justificarte, no te resultaría tan liviano. Tú has poseído dones, mejores que los de cualquier otro, pero fuera de ti no dieron fruto alguno. No puedes enojarte conmigo, porque te lo diga.

Ahora Knulp reía, y un destello de su antigua, inocente picardía, apareció en sus ojos. Palmeó amistosamente el brazo de su camarada y se levantó

—Ya nos vimos, Schaile. El Buen Dios no me preguntará de ningún modo: ¿por qué no has sido juez de primera instancia? Quizá sólo diga: ¿Otra vez acá, cabeza de niño?, y me dé allá arriba un trabajo liviano: hacer sombreros de niño o algo por el estilo.

Andrés Schaible encogió los hombros bajo su camisa de cuadros azules y blancos.

—Contigo uno no puede hablar en serio. Tú piensas, que cuando el Knulp llegue, el Buen Dios se divertirá.

—¡Ah!, no. Aunque muy bien podría ser. ¿No te parece?

—¡No hables así!

—Pues bien, luego quiero yo pedirle al Buen Dios que pregunte a Schaible si me conoce bien. ¿Qué le dirás entonces tú?

—No, Dios no me necesita para eso. Pero yo le diré: El Knulp no ha hecho sólo chiquilladas a lo largo de su vida, pero yo creo que ha sido un hombre de decoro y de bien.

Se dieron la mano, cosa que aprovechó el picapedrero para pasarle una pequeña moneda de plata, que furtivamente había sacado del bolsillo de su pantalón. Knulp la tomó, sin resistir, para no estropearle al otro su alegría. Andrés Schaible, luego comenzó a toser y apresuró el paso. Y desapareció

Lanzó todavía una mirada al viejo valle natal, saludó una vez más a inmediatez en la altura, tras la esquina del bosque.

Una quincena más tarde, luego de frías, neblinosas, aunque todavía soleadas días con tardías campanillas y maduras zarzamoras, entró de pronto, violentamente, el invierno. Hubo rigurosas heladas y sobre ellas vino, al tercer día, entre el aire apacible, una pesada, presurosa nieve.

Knulp estuvo todo este tiempo en camino, siempre en ronda sin fin en torno de la tierra natal, y por dos veces había visto y observado, desde muy cerca, escondido en el bosque, al picapedrero Schaile, aunque sin llamarlo. Había pensado mucho, demasiado e iba a parar sobre el largo, fatigoso, inútil camino siempre más profundo a la confusión de su errada vida, como a una espesura de zarcillos espinosos, sin encontrar en ello sentido ni consuelo. Luego vino sobre él de nuevo la enfermedad, y poco faltó, un día, para que a pesar de todo apareciera en Gerbersau y golpeará en el nosocomio. Pero luego de haber estado todo un día solo vio otra vez yacer allá abajo la ciudad, sintiéndola extraña e inamistosa, y se le hizo claro que nunca más retornaría. De cuando en cuando compraba en la aldea un pedazo de pan, y aun quedaban avellanas. De noche utilizaba la cabaña del leñador o dormía entre la paja al aire

libre.

Ahora volvía, envuelto en la densa nieve que caía, del monte Wolf hacia el molino del valle, decaído, cansado mortalmente, y no obstante manteniéndose aún sobre sus piernas, como si debiera aprovechar el pequeño resto de sus días, y correr, correr por las orillas del bosque y sobre todos los senderos. No obstante hallarse enfermo y fatigado, sus ojos y sus ollares habían conservado su antigua movilidad; ojeando y olfateando como un delicado perro de caza detúvose ahora, ya sin meta, luego de haber rastreado cada hueco, cada soplo de viento, cada huella de animal. Había perdido su voluntad y sus piernas caminaban por sí mismas.

En su pensamiento, sin embargo, estaba ahora, como desde hacía unos días casi de continuo, delante del Buen Dios y hablaba incesantemente con él. Ellos hablaban, Dios y Knulp, sobre la inutilidad de su vida, como ésta podía haberse organizado de otro modo, y por qué esto y aquello así y no de otro modo había debido suceder.

—Antaño ha sido —insistía Knulp siempre de nuevo—, antaño, cuando yo tenía catorce años y la Francisca me abandonó. En ese entonces todo se hubiera podido obtener de mí. Luego algo en mí ha muerto o ha quedado vulnerado, y desde entonces ya no servi más para nada. —¡Quíá!, la falta ha sido sencillamente, que tú no me hayas dejado morir cuando tenía catorce años! Entonces hubiera sido mi vida tan hermosa y perfecta como una manzana madura.

El Buen Dios, sin embargo, reía de continuo, y en ocasiones desaparecía su rostro por completo entre la nieve.

—¡Vaya, Knulp! —dijo amonestándolo— piensa una vez en tu época de joven estudiante, y en el verano en el bosque de Odenwald y en los riante tiempos! ¿Acaso no has bailado como un corzo y no has sentido contraerte la hermosa vida en cada una de tus articulaciones? ¿Acaso no has podido cantar y tocar la armónica que atrajeron a ti los ojos de las muchachas? ¿No recuerdas los domingos en Bauerswil? ¿Y tu primera novia, la Enriqueta? ¿Qué, todo esto no ha sido nada?

Knulp debió reflexionar, y como lejanos fuegos en la montaña brillaron para él las alegrías de su juventud, altas y hermosas entre la oscuridad, le perfumaron pesadas y dulces como miel y vino, y resonaron profundas como el viento cargado de rocío en la noche primaveral. ¡Ah, Dios mío, qué hermoso había sido, hermoso el goce y hermosa la tristeza, y aunque en cada día hubiera habido que lamentar, ello también hacía falta!

—¡Ah!, sí, era hermoso, concedió, y estaba lloroso y se resistía como un niño cansado. Sí, había sido maravillosamente hermoso antaño. Aunque, sin duda, hubiera habido también falta y aflicción. Pero, en verdad, fueron buenos años, y quizá no hubo muchos que vaciaban copas tales y tales danzas guiaran y festejaran tales noches de amor, como yo antaño. ¡Aunque luego, luego hubiera de desaparecer! Había en ello, lo sé todavía bien, un acicate para la felicidad, y luego nunca más vinieron tan buenos tiempos. No, nunca más.

El Buen Dios se había ocultado lejos, entre las nevascas. Ahora Knulp detúvose un poco, para tomar aliento de nuevo y escupió un par de pequeñas manchas de sangre sobre la nieve. Ahora otra vez Dios se hacía visible y contestaba.

—¿Dime, Knulp, no eres tú un poco desagradecido? Me hace reír cuán olvidadizo eres. Nos hemos acordado del tiempo en que reinabas en los salones de baile, en tu Enriqueta, y en lo que se te ha dado por añadidura:

ello era bueno y hermoso, ha hecho bien y tenía un sentido? Cuando tú piensas así en la Enriqueta, con qué sentimiento puedes pensar en Lisa? ¿Eh? Sí, ¿has podido luego olvidarla por completo?

Y de nuevo se alzó delante de los ojos de Knulp, como una lejana montaña, un trozo del pasado. Y aunque no se le apareciera tan alegre y placentero como el precedente, brillaba lo mismo más secreto y más íntimo, como mujeres sonriendo entre lágrimas, y eran días y horas levantándose de su tumba, en los que él desde hacía mucho no pensaba. Y en medio de ellos estaba de pie Lisa, con hermosos, tristes ojos, el niño en los brazos.

—¡He sido un mal hombre!, comenzó de nuevo él a lamentarse. No, desde que Lisa murió, no hubiera debido yo seguir viviendo.

Pero Dios no le dejó seguir hablando. Lo miró penetrantemente en los claros ojos y prosiguió:

—¡Cállate, Knulp. Tú has hecho mucho mal a Lisa, no cabe duda, pero tú sabes también que ella ha recibido de ti más ternura y belleza que mal, y ella no te ha guardado rencor ni un solo instante. ¿No ves todavía, cabeza de niño, cuál era el sentido de todo? ¿No ves que, porque debías ser un atolondrado y un vagabundo, podías llevar a todas partes un trozo de infantil locura y de risa infantil? ¿No fué por ello que en todas partes los hombres te amaron un poco, un poco se burlaron de ti, y debieron estarte también un poco agradecidos?

—Es al fin y al cabo verdad, contestó Knulp después de un silencio, a media voz. Pero eso no ha sido antes, cuando yo era todavía joven. ¿Por qué no lo he sabido después y he sido un hombre recto? Aún estaba a tiempo.

Hubo una pausa en la caída de la nieve. Knulp reposó un instante y quiso sacudir la espesa capa de nieve que cubría sus vestidos y sombrero. No lo pudo. Estaba cansado y como distraído. Ahora Dios estaba de pie delante suyo, con los ojos inmensamente abiertos y brillantes como el sol.

—Por haber estado una vez contento, —amonestó Dios— ¿hay motivo para quejarse? ¿Realmente no puedes ver que todo ha sucedido buena y rectamente, sin que nada más fuera necesario? Sí, ¿querrias tú ahora ser un señor o un maestro artesano y tener mujer e hijos y leer por la noche el semanario? ¿Acaso querrias largarte de inmediato, dormir en el bosque con los zorros, tender lazos a los pájaros y amansar lagartijas?

De nuevo Knulp comenzó a andar. Tambaleaba de cansancio y no se daba cuenta. Estaba bien para él lo que se le exigía, y se inclinaba agradecido hacia todo lo que Dios le decía.

—Escucha, —habló Dios— yo no hubiera podido servirte de otro modo de lo que tú eras, debí darte en dote el acicate del yagar y peregrinar continuo, pues si en algún lugar te hubieras asentado, habrias echado a perder mi juguete. En mi nombre has peregrinado y has debido llevar contigo a la gente sedentaria siempre de nuevo un poco de nostalgia de la vida libre. En mi nombre hiciste tonteras y dejaste que se rieran de ti: de mí mismo en ti se rieron y fui en ti amado. Tú eres, sí, mi hijo y mi hermano y un pedazo de mí, y nada has probado y sufrido que yo no haya contigo experimentado.

—Sí, dijo Knulp e inclinó pesadamente la cabeza. Sí, así es, así propiamente lo senti siempre. Se tumbó descansando en la nieve, y sus fatigados miembros se aligeraron, y sus inflamados ojos sonrieron.

Y cuando los cerró, para dormir un poco, oyó todavía una vez más la voz de Dios y vio sus claros ojos.

—¿Hay algo más que lamentar? preguntó la voz de Dios.

—Nada más, asintió con la cabeza Knulp y sonrió.

—¿Y todo es bueno? ¿Todo es como debe ser?

—Sí, —asintió él— todo es como debe ser.

La voz de Dios se hizo más baja, y sonó ya como la de su madre, ya como la voz de Enriqueta, ya como la buena, apacible voz de Lisa.

—Ya estás tú en casa —dijo la Voz—. En casa estás, quédate a mi lado.

Cuando Knulp abrió una vez más los ojos, apareció el sol y encegueció-le tanto, que rápidamente debió bajar los párpados. Notó la nieve pesada sobre sus manos yacer y quiso sacudírsela, pero las ganas de dormir eran en él más fuertes que todo.

Trad.: H. Peduzzi Escuder.

Febrero 1-15/1948.

ADAM C. MARIN

Nació en Artigas y cuenta actualmente veinte años. Extraordinario alumno de los Institutos Normales, obtuvo en 1947 el primer premio en el Concurso organizado por la Asociación Española sobre la vida y obra de Cervantes. En 1948 fué nuevamente premiado, alcanzando el tercero y cuarto puesto en el Concurso de Cuentos que llevara a cabo la Asociación Cristiana.

LOS PINOS

El espacio es verdaderamente hermoso, completo; sumido en la profunda energía veraniega, juega entre los arcos opuestos de un lejano horizonte marino metálico, y el arco hinchado del verde gris de la sierra. Las cinco de la tarde. El sol nada por el oeste tratando de sumergirse en el mar; se empina en una curva fugaz, mientras la playa sinuosa avanza y retrocede entre las aguzas.

Cuerpos ardiendo en sol, penetrados de sal y arena pasean la languidez de un ocio bienvenido. Y son extraños hombres y mujeres; definidos en sexos físicos distintos por la semidesnudez de la carne, beben una indiferencia asoleada que los recubre y empareja. Los fuegos se agotan bajo el rayo solar; el abuso de realidad desnuda suplente la imaginación y estanca la corriente viva del deseo. Aplacamiento y sonambulismo. Se percibe junto a la mar salada frenética de sol y embistiendo, un aroma virgen, un aletargamiento eunuco que esponja los cuerpos. Y a veces, una malicia terriblemente adolescente o vieja que salta de los ojos para babosear en un perfil que pasa. Miguel observa consintiendo ambas cosas, porque su pensamiento está lejos de eso: se siente viril, constantemente hombre. Consciente; burlón y superior; esa apatía, en tanto la embestida marina arranca en su misma sangre poderosa. Espera que ella llegue para escapar al bosque de pinos, y aplacar en el mundo sensual de ambos el ansia que le calienta el pecho y pasa nublandole los ojos. Sin embargo, se encuentra físicamente raro no sólo por deseo. Está harto, enfermo de sol. Como debe esperarla se da vuelta boca abajo y espera. Espera, espera largo rato. Demasiado. Por fin los pasos desnudos sobre la arena.

En la palma de su mano se estremece la nuca femenina, y ella lo mira desde el fondo, comprendiendo, aceptando. Ella conoce los gestos, sabe cuándo desea o cuándo sólo se entretiene en mirar; ahora desea; pero lo encuentra un poco raro; su caricia es mecánica, el hastío o quién sabe qué se inmuta en el enrequejo cambiado.

—¿Te pasa algo? ¿Te dice esperar mucho?

—No, no es eso. No sé.

—Si, estás enojado, te conozco.

El reacciona con voz fría.

—Te digó que no. Además, nunca te acaricio si no estoy bien contigo.

—Puede ser.

La mujer le busca sus ojos que rehuyen; entonces se deja estar, es inútil acariciar ojos que esquivan.

La playa los inunda de hastío y estorpecer; los rechaza maquinalmente hacia el bosque de pinos. Los pies suben lentos la escalinata de la rambla, uno cerca del otro, desencuadrados. La espera ansiosa se ha transformado para él en una profunda desilusión que no intenta comprender. Ella que con amante inquietud se dejara ir al encuentro, se heló en la frialdad del hombre, alejándose, sucumbiendo en idéntica desilusión. Con el gesto ambiguo, estumado, caminan, ni él viril ni ella femenina, distraídos, distantes, ensimismados. Y Miguel se pregunta: ¿Por qué esto?, y ¿por qué estoy así, con ella?

Por cetar así nada más. Se decide, habla intentando algo, pero el tono brota falso.

—El bosque desde aquí no parece tan lindo. Cuando se entra es más acogedor, es como...

Mientras contesta, los ojos ruedan lejos.

—Sí, me acuerdo. Y lo que tú estás pensando es más cierto de lo que te parece; no sé por qué no dices nunca lo que piensas de mí, por qué te guardas siempre lo que es mío.

Miguel no duda que ella tiene razón. El bosque es tierno por ella, nada más; pero nunca puede; teme, no puede decir sus sentimientos, y, ahora, enojado sin razón.

La mirada rueda del bosque al perfil del hombre.

—Sólo hablas de cosas que no tienen nada que ver con nosotros; a veces prefiero estar lejos y recibir tus cartas. Cuando escribes dices lo que quiero, lo mío, lo que escondes cuando hablas.

—No sé hablar de lo nuestro, y además...

Nota que ella no escucha, que se esfuerza por no oír; se calla pensando que el intento fué vano. El cielo está cubierto de colores fríos.

Recién entran en el bosque, siguen entre los pinos; la arena es una enorme materia móvil, granulosa, huyendo bajo los pies, aprehensora. Esquivan los troncos caídos, bajan y suben dunas hasta encerrarse por completo en un mundo de troncos encopados. Miguel se detiene, enciende un cigarrillo; se ha quedado unos metros atrás. Al levantar los ojos, ve la figura de mujer caminando, entonces le asquea su aplacamiento íntimo, su repentina ausencia de virilidad; como los cuerpos de la playa, profundamente eunucos y apagados. Un esfuerzo violento rechaza la idea; y la cintura elástica lo excita. Un fuego pequeño se aviva en el pecho y le pasa por los ojos. Sólo ve la cintura elástica, la espalda firme, la nuca descubierta, los hombros lisos emanando calor, contenidos en un balanceo vivaz que lo penetra. La piel tensa, llama, pide. Los toma; apenas suave tacto, hasta oprimir con fuerza y volcar todo el impulso en las dos manos. En ellas el deseo, la vida, el ritmo de la sangre, amando ávida la piel desnuda y tostada que despierta un calor envolvente, apasionado. Su propia ambigüedad monótona de un momento cercano, se disuelve en el aire que la esfuma y la pierde. El bosque gana vida, los labios sonríen, la savia dulcísima se ipunda de un placer espontáneo. La arena se hace blanda recibiendo los cuerpos que caen; y mientras juegan, el sol rueda en los troncos, los pinos se acurrucan defendiendo el instante, recortando el espacio, porque el tiempo ya no existe. Los cuerpos aletean en convulsión. La arena toma forma de mujer, cambia, se ensancha, se alarga, y vuelve a la armonía de las formas; y cambia, se ensancha, alarga... El sol en el horizonte se tiende hacia el mar en éxtasis, carnal como un músculo vivo; la ola sube y baja, llega al límite y se recoge en un secreto dolor y placer. Hay vaivenes de aire, de árboles. La luna al asomarse empalidece en el hábito del desenfreno. El sol en el braceo paulatino enrojece como si quisiera explotar, hasta hundirse caliente, a tiempo que el agua sorprendida vuela, manchando las nubes cercanas lentas y espesas, con ansia roja y viva. Los dos cuerpos cesan. Y aglutinantes se curvan. Mientras la savia fecunda se desliza en los pinos. Todo el bosque se aquieta en la calma tierna. Las últimas gotas de agua salpican apenas de rosa las pequeñas nubes que pasan ligeras en lo alto. El tiempo sin fin corre de nuevo, pasa.

Poco después la noche se sorprende en el aire, mientras una mano del hombre se desliza entre el pelo y la arena, minuciosa y suave, y la otra resbala con ternura por la blanca cadera.

PROFESIONALES

Dr. RAUL GONZALEZ

Odontólogo—Rayos X

Roosevelt 671 Mercedes

Dr. JUAN B. CIMA

Ciujía Ginecología

E Giménez 695

Dr. JUAN CARLOS RUSSO

Cirujano Dentista

Consultas: Lunes, miércoles y
viernes

Artigas e/. Paysandú y Gimenez

Dr. CARLOS M. GARMENDIA

CIRUJANO DENTISTA

Artigas 385

Luis R. Invernizzi

Escribano

Roosevelt 672 Mercedes

Dr. A. MENDEZ MODERNELL

Dentista

Ituzaingó 335 Mercedes

Mario Bellini

Agrimensor

Colón 188 Teléfono 650

JUAN C. VOLONTERIO

Profesor de Piano

Colón 183

Pedro C. Besozzi

Escribano

Colón 286 Mercedes

PROFESIONALES

Dr. Mario Prunell

Cirujano Dentista

Consultas mañana y tarde

E. Giménez 624 Tel. 428 Mercedes

Dr. Enrique Costa Leonard

MEDICO

Consultas: de 8.30 a 9.30 y de 15 a 17

Florida 8'1 Mercedes

Ruben O. Borges

Médico Cirujano

Sarandí 179 Tel. 867

Dr. Zoilo Chelle

Medicina-Cirujía Rayos X
Laboratorio, Consultorio: Roosevelt 783

Consultas de 8 a 9 y de 3 a 5

Dr. Alfredo Alambarri

Niños

Consultas de 15 a 17 horas
Ituzingó y Rodó

Dr. Gaspar Bianchi

Abogado

Rodó 670 Mercedes

Dr. César Guggiari

Médico Cirujano

Casagrande 633 Tel. 1032

Consultas de 9 a 11 y de 15 a 18 hs.

Consultorio Radiológico

Laboratorio de Análisis

Dr. MELA

Florida 848 Tel. 481 Mercedes

Dr. Juan Carlos Viera

Abogado

Colón 176 Teléfono 482

Dr. Ernesto Copello Iglesias

ABOGADO

Rodó y 18 de Julio

Walter G. Schopfer

Escribano

Escritorio 18 de Julio y Rodó Tl. 438

Dom. Ituzingó 463 Tl. 651

Miguel A. Olivera Ubios

ESCRIBANO

Estudio Ituzingó 912 Tel. 1057

Eduardo Ramos

ESCRIBANO

Estudio Colón 326 Tl. 473 Mercedes

Raños holandesas recién
recibidas de la famosa
marca **P H I L I P S**

Elija el modelo de
su predilección

Adquiera el último modelo
de heladera familiar

F E R R O S M A L T

le ofrece este equipo netamen-
te americano al más bajo pre-
cio.

Entrega inmediata

Cazalés Hnos. & O'guin

Rodó 730 Teléfono 868
Mercedes

Caja Popular de Mercedes

Una Institución al servi-
cio y la industria del
Departamento.

toda clase de
operaciones bancarias

Utilice su amplia red de
giros y traslados de fon-
dos

COLÓN 214 MERCEDES

Banco Comercial

SUCURSAL MERCEDES

Colón, 220

La Obra Póstuma de H. Peduzzi Escuder

Un grupo de amigos de H. Peduzzi Escuder, hemos tomado la iniciativa de publicar su obra inédita.

Esperamos, dada la finalidad perseguida, que apueles, amigos o ex-discípulos, que aún no lo haya hecho, nos hagan llegar su decisión de colaborar con nosotros.

Se hallan en venta, a tal efecto, bonos de \$ 2, \$ 5 y \$ 10, debiendo dirigirse la correspondiente solicitud, en Montevideo al Dr. Hugo Chocho Vicens (Rincón 545), en Ran José al Sr. Rolando Sanzo y en Mercedes a la Administración de ASIR (18 de Julio 535)

Lino A. Ferreira Goró

ESCRITORIO COMERCIAL

Coordina

Compra venta campos

Cereales y Productos

Agrícolas Ganaderos

OFICINA:

Florencio Sánchez 1193
Teléfono 437

CASA PARTICULAR

J. P. Varela 920 — Teléfono 44

Mercedes

CASA PABLO MARTINEZ

de

Oscar Martínez & Cia.



Agentes exclusivos de
maquinaria MOBILE



Teléfono 457 Mercedes

Talleres Metalúrgicos,
Ferretería Agrícola,
Grasas y aceites
TEXACO
Molinos a viento
Niquelados,
Pinturería

Luis Broggi e Hijo

Exposición y Venta:

Rodó 835 - UTE 363